

Slim Fit

Desde la estrechez

Maykel González González

Crónica



Edición y corrección: Yoe Suárez
Cubierta y diagramación: Reynier González la Hera
Fotografía de Cubierta: Yoe Suárez

© Maykel González González, 2019
©Sobre la presente edición: Boca de Lobo Editores, 2019
ISBN: 978-958-98689-5-9

Sin el permiso previo de los editores ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, procesada o transmitida en alguna forma por algún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, cinta magnetofónica u otro—, excepto para breves citas en reseñas, donde deberá especificarse la procedencia.

ÍNDICE

FANGO II.....	7
ZULUETA 505.....	19
LOS RASGOS INFINITOS.....	29
LOS MISMOS CIGARROS QUE YO.....	43
HAY MÁS DE UN MISTERIO EN 68A.....	51
UNA FAMILIA SE VA A AHOGAR.....	63
ANIMÉMONOS, ES OTRO VERANO EN GUANABO.....	71

FANGO II*

Del barrio, su médula es el río Almendares; su rasgo distintivo es la vida trenzada al margen de este.

En El Fanguito el pavimento culebrea sin rigor. Lo demás que frágilmente lo conforma son algunos trillos que colisionan aquí y allá entre chozas, palomares con la urgente rusticidad de la pobreza, carteles dignificando a la Revolución, a Fidel y Raúl Castro, montones de basura.

Nadie con quien contactáramos en varias semanas puede ahondarlo, siquiera confirmar sus orígenes. Las personas comentan que las viviendas empezaron a constituirlo todo al vuelo, como un LEGO terco y desidioso antes de 1959, mucho antes de que la Fundación New 7 Wonders declarara Ciudad Maravilla a La Habana. De hecho, una de las calles cubiertas con asfalto de El Fanguito lleva el nombre de Prío Socarrás, el presidente cuyo mandato terminara por el golpe militar de Fulgencio Batista en 1952.

Ahora los pobladores del barrio conviven a base de efugios; son nidos de termitas que mortifican a los edificios vecinos: la población de El Fanguito les roba, por fuerza, el fluido eléctrico y el suministro de agua, y presuntamente ceban los impuestos de sus víctimas.

Ahora en el barrio calientan el almuerzo a eso del mediodía, o marchan con los recipientes al comedor para asistenciados, donde les sirven el menú de turno, ya sea hígado a la italiana o unos frijoles tibios con hojas de cilantro. Cucharean en calma, y siguen sus días pisoteando las normas, con la inexactitud histórica de siempre.

* Esta crónica es la segunda y última entrega de un trabajo que se publicó a partes divididas en la revista independiente *El Estornudo*. La primera fue escrita por otro autor. Ambas fueron elegidas por la red Distintas Latitudes entre las 25 mejores crónicas de 2016.

A cualquier hora en que ejerza sus funciones, la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz —calle L y 27— niega el ingreso de quien lleve la cabeza cubierta, pero si, por casualidad, alguien lo olvidase, la recepcionista saltará como un resorte a advertírsele en el acto. Es una mujer mayor, vestida con toda mesura y anteojos empañados, que dice haber sido educadora y que, cada vez que se le presenta la ocasión, intenta dar lecciones de urbanidad a las visitas.

La casa Don Fernando Ortiz es una gota de tinta escurrida en el tránsito del Hotel Colina al Habana Libre. Adentro se engavetan algunos legajos de la historiografía cubana. Viajamos hasta ella buscando destapar los orígenes de esos dominios sumidos en la indiferencia, entre los miméticos lujos de El Vedado y Miramar, que los habaneros llaman El Fanguito. Una profesora —más de sesenta de edad, expresión grave— duda que se hayan dedicado investigaciones al barrio. Lo dice con ese dejo de soberbia de quien, por sus canas, sabe identificar qué puede resultar fácilmente en una pérdida de tiempo y se anticipa a la misma.

Otra profesora, joven, *look* de artista de los setenta, admite que tampoco podría esclarecer las raíces del barrio.

Acaso la información no estaba guardada en los archivos, ni en el bagaje de algún catedrático, porque había sido incorporada a una multimedia de La Habana, a un CD, aventuran las dos historiadoras. Pero el disco no aparece tras una búsqueda más bien relampagueante en la que, a veces, las historiadoras se encorvan, agitan un poco de hojas, y se vuelven hacia nosotros como decepcionadas.

“Las aguas del Almendares antes de que el hombre moderno ocupara su cuenca eran puras y cristalinas. Hoy grandes trechos de su curso son verdaderas cloacas, sucias, pestilentes y altamente contaminadas”, esto lo apunta el fallecido doctor Antonio Núñez Jiménez, hace veintitrés años.

Nos hemos detenido ante estos márgenes de lodo. Algunos reflejos vagos se deshilachan y tiemblan en la superficie corrompida. Durante la noche ocurren las subidas de mareas y la masa líquida devora, palmo a palmo, la tierra. Entonces, donde se plantan los hogares al borde del Almendares, el agua cubre las pantorrillas de la gente (la naturaleza tiene sus servicios a domicilio).

Si sucediera al revés, esto sería, si la tierra tachara el río, proveyendo así terreno donde asentar más chozas, el barrio lo agradecería, dice más o menos una mujer enjugándose el cuello con un trapo de lunares.

A solo metros de la orilla, su hija arroja una manta al suelo para echarse a ses-tear. Es el interior de una sala igual a otras muchas que las crecidas del río asedian.

Para su salvaguardia, lo que El Fanguito empuña es un Comité de Defensa de la Revolución. La monumental organización de masas del país es tan masiva que se estableció, inclusive, donde se prohibía establecerse.

Una cadena de construcciones torpes con bloques estriba al otro lado del Almendares, en la orilla rocosa. Parece un extraño *souvenir* mirándose al espejo chueco del río, una miniatura de artesano sobre un corcho gríseo.

En el río, las caricias del viento hacen balancear un bote. Sujeto por el cabo que lo ata a un corto muelle de madera, el bote no corre peligro de irse a la deriva.

No hay otro camino ni otro recurso visibles para llegar a las construcciones, que esta complicidad del Almendares.

Buscamos orientarnos. Un trío de adolescentes, descansando en el tronco de un árbol derribado, coinciden en que, si se lo pidiésemos a alguien, este haría, con gusto, el favor de cruzarnos por el río.

Desde el apiñamiento de casuchas del barrio, sale el hombre que nos transportaría en el bote. El rostro es simétrico y suave, los ojos se le iluminan como pequeños focos, viste una camiseta raída y la piel descubierta es atezada. Conversaríamos un rato, con algunas explicaciones efímeras mediante, y él aceptaría trasladarnos sin pedir nada, sin preguntar siquiera de dónde veníamos ni por qué. De cualquier forma, no hubiéramos podido responderle con exactitud.

El río hacia delante es llano, pero hermético. Me dejo seducir por la estela blanca del bote, que era una manera de ignorar las aguas que lo estaban penetrando. Apreciado de cerca, el Almendares es un cristal enigmático. Recuerda los parabrisas de los carros que ocultan a un homicida al volante. El Almendares tiene ese fondo turbio, peliculero, en el que puede imaginarse abajo desde una civilización perdida hasta los engendros más horribles.

Estas aguas, en fin, intimidan como las del Aqueronte. Me pregunto si penetran por un orificio o avería de la quilla. Luego me percaté de que no sé con toda seguridad si en los botes hay quillas. Luego me pregunto qué haría yo si nos hundiéramos en este lugar que no se asemeja a ningún lugar en el que me agradecería hundirme. Si tendría suficiente entereza para poder nadar el tramo que nos separa de la orilla.

Mientras, el hombre rema con naturalidad, y nosotros, forasteros, atónitos, alejamos los pies del charco que inexorablemente se hincha en el vientre de madera.

Después del susto a través del río, se nos imponía un muro con salpicaduras de líquenes verdosas que sostenía la construcción en la cima. Desde proa damos un salto mediano al saliente de la pared. Entonces, a esa nueva distancia, la barriga del bote es mucho más inofensiva.

Nos dice el hombre que preguntemos por El Puro o su esposa Yolanda, que ellos son gente amable que vive allá arriba.

Y señala.

Allá arriba, una sola cadena de bloques, una sola vivienda sin quebrantar.

Dos escaleras llevan a la construcción de El Puro. La primera se empina hasta una calle del reparto aburguesado de Miramar, la segunda nos devuelve abajo, como si nos regurgitara, a la cercanía del Almendares. Ambas son cintas polvoriantas de cemento al pie de un edificio, el de la Empresa de Producciones Varias, Emprova.

A mitad del descenso, un grupo comparte ron en vasos desechables. La casa de El Puro y de Yolanda —explican ellos— queda después de un tejado de zinc. En el tejado una gata se hace ovillos de una punta a otra como buscando el metal más templado para su vientre.

Una mujer le cobra el servicio del agua a Yolanda. Hay cierta comicidad obscura en que esto suceda sobre el río. Pero se conoce que sus niveles de impureza no permiten beber de ahí o consumirlo de alguna forma. Los pobladores de El

Fanguito relatan que hace años murió de infección un muchacho menor de veinte años, por osar lavarse una herida en el Almendares.

El nombre Almendares proviene de un Obispo, Enrique Almendaris, a quien quisieron honrar en La Habana perpetuándolo en el río.

Los aborígenes cubanos lo llamaron Casiguaguas; los primeros colonizadores, La Chorrera.

Bajo el sable transversal de la luz vespertina, Yolanda nos observa con recelo desde el vano de la puerta. La cobradora duda entre irse a pegar el oído, cuando explicamos que vinimos a reportear de la vida que gravita en el Almendares. A su ritmo, la cobradora nos deja, y entonces Yolanda asoma más de su torso, como un busto vivo. Los brazos son delgados y fibrosos, ramas de almendro, raíces de mangle. No tiene discreciones con la prensa, dice, pero nos pregunta para qué medio tributábamos. Hacía poco discutíamos a puertas cerradas las propuestas de nombre, la de más aceptación acabaría siendo el de El Estornudo, y con él ya nos identificábamos en cada sitio al que íbamos, aún antes de que existiera la revista.

—Ah, no, no lo he leído nunca—dice Yolanda.

El interior de la vivienda, contrario a lo que muestra su fachada hacia el paraje opuesto del Almendares, no es, para los estándares de Cuba, un cariz genuino de penuria. Por detrás de la silueta de Yolanda, se combinan el piso de azulejos nuevos, los electrodomésticos nuevos, los muebles nuevos y el sofá nuevo en el cual la nieta de El Puro y Yolanda mira la televisión. La familia se ha ido acomodando de un modo u otro.

Yolanda dice que no le temen al agua. Si el río crece no peligran, por la altura en que el hogar se afirma.

Los dos nietos mellizos, hembra y macho, de trece años, aprendieron a lidiar tempranamente con la franja del Almendares. Por cuenta propia, tienen que remar para ir a la escuela y regresar, horario de lunes a viernes. Tienen que remar para pasear. Tienen que remar si les hace falta algo de sus vecinos de El Fanguito.

Porque —dice su abuela— en El Fanguito uno soluciona cualquier insuficiencia: la ironía y el absurdo son panes bíblicos de los cubanos.

Trabajador ilícito del barrio vecino, El Puro, que había salido de casa, también debe cruzar el río a diario.

A diario, el riesgo de hundirse.

El Puro construyó en los márgenes del río y estos quedaban fuera de los márgenes de la ley. Pese al disciplinado cobro de servicios, su vivienda es ilegal de lleno, aunque reciban los beneficios de cualquier núcleo familiar: les dieron libreta de abastecimiento. En documentos oficiales, la casa se registra como medio básico de Emprova. Fue ahí donde empezaron a construir, en ese terreno inferior del edificio de hechura fina que alberga a la empresa. Y ya nadie, aun insistiendo, lograría omitir la presencia que, desde 1974, El Puro impuso ante la sá bana intimidatoria del Almendares.

Se han hecho, para gente de la comunidad, cinco edificios de microbrigadas. Pero no alcanzan.

Yolanda dice que, si vinieran a ofrecerle otro lugar cómodo donde mudarse, se marcharían de allí; en tanto, su casa permanece, su casa erguida, su casa resistiendo, su casa.

Seis personas celebran un cumpleaños, en medio de la escalera que nos condujo hasta Yolanda. Transvasan el cuchillo licuado del Havana Club y conversan. Dicen que si somos periodistas reales les hagamos preguntas, que a ellos no les preocupa respondernos. El que alza su voz rota es quien anda de aniversario. Está de pie y le hacen corro. Es mulato, atlético, mediano, nariz ganchuda, una aberración del futbolista Rio Ferdinand. Asegura, con palmadas pectorales, que lleva siglos pescando en el río y comiendo lo que ahí pesca y no por ello se ha muerto. Que vive en una pobreza abusiva y no por ello se ha muerto. Que en su niñez vio pasear al famoso león de El Fanguito, llevado por el dueño, un artista circense. La fiera y su domador, en cambio, ya murieron. De laprimera, nada más perduran las piezas dentales que la viuda del domador guarda con altivez en las

mandíbulas de una escultura adornando su patio: otro férido de piedra que ruge en silencio los ecos de aquel pasado.

Un flaco blanco, tatuado, hunde la araña licenciosa de su mano en el regazo de una mulata. El flaco habla de cocodrilos que se han visto en El Fanguito, quizá escapados del parque zoológico en Nuevo Vedado, en calle 26. Hay un negro, alto y rollizo, dentadura ancha, criado en esos terrenos de Emprova, que da fe de lo que el flaco cuenta. El resto lo corrobora.

Además, hubo un día —lo asegura el cumpleañosero— en que una pareja de manatíes pasó intercambiando mimos por el Almendares.

Después explica a los otros, aclarándose la garganta de un buche: “Todo lo que dijimos hoy, lo van a publicar en la revista El Tornillo”.

Ya cuando estamos en lo alto de la escalera, se vuelca la noche en el río, la noche arrastra consigo una luna hecha jirones.

El Puro, de nombre Ezequiel, tenía un agromercado en las calles 11 y 26, que cerró por el asedio de un general de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que atacaba el punto débil del negocio: su legalidad. El Puro había emigrado de Holguín a La Habana en los años setenta, buscando, como tantos otros cubanos, prosperar.

Llegó a poseer tres botes. Aunque vendió dos para cubrir gastos inaplazables.

Sus nietos aprendieron a remar solos, por observación al principio, por imitación después. La escuela más próxima es la de República de Cambodia, en el Vedado, y es más sencillo para los abuelos que los mellizos vayan a ella a través del río, bogando.

—Así se libran de los problemas con el transporte público y el peligro del tráfico en la calle—dice Ezequiel.

Los abuelos no aprueban, sin embargo, que se bañen en el río: tendrían que verlo como un aliado forzoso, y no un amigo de confianza.

Cierto día en que los niños jugaban, uno de los dos, Ezequiel no recuerda cuál, cayó al agua por accidente, pero lograron sacarlo con presteza.

—Declaran a la población que el Almendares está limpio. Pero bien sé que no. Todos los desagües desembocan en el río. De los hospitales, de la antigua fábrica de compotas Osito y las casas. En 1974 sí eran aguas cristalinas. Ahora lo

limpian y hacen mal el trabajo, incompleto. Cada lluvia que cae luego arrastra las inmundicias y ellas vuelven.

El 29 de septiembre del 2006, hacía una década, el diario Juventud Rebelde publicaba: “(...) Se ha producido una reducción en la contaminación del río y, por consiguiente, la mejora de la calidad de sus aguas, la reforestación de su faja hidrorreguladora y áreas aledañas, y el crecimiento de la educación ambiental entre las comunidades asentadas en sus márgenes, entre otros éxitos”.

También este periódico consignaba: “El daño ha empezado a revertirse, lentamente, pero de manera firme, según políticas gubernamentales de larga data que han permitido ordenar estrategias de manejo que devuelvan al río su calidad”.

—¿Y usted, Ezequiel, ha encontrado cocodrilos?

—Sí, por acá, sí. Una vez le arrojé piedras a uno, que es nada, lanzarle arroz a un zapato de cuero. Los han capturado la gente del barrio. Puede que se los hayan almorzado, es buena carne. Mi hijo me contó que se había encontrado con un ejemplar de al menos dos metros. De ese bicho nunca vi ni la cola. A otro de metro y medio intentamos atraparlo tirándole mallas. Forcejeó lo suficiente y consiguió escaparse.

—¿Qué? ¿Nunca han atacado a nadie?

—No que yo sepa.

De los manatíes, El Puro dijo haber visto tres, una familia. El padre, la madre y el hijo. Son animales mansos, mofletudos, blanquecinos. En otra época, los colonizadores españoles los confundieron con sirenas; hace unos años, los pobladores de El Fanguito los confundieron con rinocerontes.

— ¿No siente miedo de sus nietos cruzando tanto el Almendares?

— Aunque me veas tranquilo y lejos, no los pierdo de vista. Siempre que navegan, yo los vigilo.

El río fertiliza tierras de los municipios de Santiago de las Vegas, Guanabacoa, Marianao y La Habana. Mide 45 kilómetros.

De acuerdo con Ezequiel, el fondo hosco, al centro del Almendares, hacia el corazón, alcanza los seis metros de profundidad.

En 2014, el Decreto-Ley No. 322, que modificaba la ley No. 65, “Ley General de la vivienda” instaurada el 23 de diciembre de 1988, permitió la compra y venta de casas en Cuba. A orillas del Almendares, algunos logran vender sus construcciones maltrechas. Les ponen un precio muy alto, tal vez porque cualquier precio sería elevado en esta zona insalubre; a veces, se les presenta un comprador. Algunas valen alrededor de 2 mil dólares. Al final aparecen necesitados más necesitados que las compran. Necesitados que necesitan de otros necesitados.

Quienes permanecen en el barrio, crían gallinas y cerdos. Los cerdos chillan y apestan detrás de las paredes, los delgados tabiques. Las gallinas dormitan, se acicalan o riegan sus plumas en los sofás de las salas.

Quienes permanecen en el barrio, colocan las sillas desde horas de la mañana, a unos pasos de la calle y conversan largamente. Hay tres mujeres, cada una con religiosas prendas de orishas, ninguna trabaja, ni se interesa por salir en busca de empleo.

Si les preguntamos, basándonos en la notoriedad marginal del barrio, por los niveles de violencia que existen, ellas responden: “ay, hijo, nosotros no tenemos fuerzas ni para fajarnos”.

— Y la orquesta de La Charanga Habanera, que viene aquí a ensayar sus canciones, ¿qué hace por la comunidad?

— Ensayan y punto.

— ¿Por qué el nombre de El Fanguito?

— Míralo tú mismo, ¿no te das cuenta? Estamos rodeados de fango.

Las aguas del Almendares, cuando suben a fuerza de lluvias, inundan el patio de Isabel.

El Fanguito es como un barranco en el que ella vive cuesta abajo. Enjuta, con una cicatriz en el carrillo derecho que recorre casi desde el lóbulo de la oreja hasta el área del labio inferior. Desequilibrada, veleidosa. En breve accesible y espartana. En breve violenta y agresiva, una tromba de fuego. Nos dijeron en el barrio que, días antes de entrevistarla, había herido con un cuchillo a su madre, una anciana

débil y pastosa. Las peleas entre estas dos mujeres se remontan a la adolescencia de Isabel, cuando no sobrepasaban los altercados verbales. Después se harían habituales los intervalos en los calabozos por escándalos callejeros y riñas.

Isabel iba despeñándose.

Tuvo dos hijos.

Enfermó de SIDA.

Ella hala, para su arrugado consuelo, un pasado que le recuerda más curvas sensuales y libras a su favor; en él, hay hombres discutiéndose su compañía con violencia, y también hay un ex novio celoso que le corta de un navajazo el rostro.

Dentro de la órbita constructiva más próxima al Almendares, erigida con materiales desechados o robados de algún sitio, en abandono o no, —maderas incoherentes, piezas de hierro cercenadas por el óxido, fracciones de tejas—el apartamento de Isabel tiene el privilegio de estar fabricado con mampostería.

Solo que tendríamos que visualizar luego a tres personas, por menudas que fuesen, repartiéndose un espacio de aproximadamente dieciséis metros cuadrados, restándole lo que ocupa un par de muebles, las camas y los aparatos y enseres de la cocina. Si lo imagináramos con determinada fidelidad, la sola imagen nos provocaría alguna asfixia.

Dos pollos medianos corretean a la entrada del apartamento, con el ánimo necio de todos los pollos. Y un perro carmelita nos persigue ladrándonos.

—No te preocupes, no muerde —dice Isabel desde un junco de amabilidad, sus ojos fieros se agachan detrás de un velo de tristeza.

—No le temo a los perros —le miento.

—Este me agota la paciencia. Jode que te jode. Lo único que hace es joder como la vieja de allá atrás.

La vieja de allá atrás, la mujer que la trajo a este mundo, su madre.

A un costado del apartamento, un pasillo torcido a la izquierda. La anciana vive ahí, en un lindero imperceptible, en un espacio insoportable. El pasillo lo obstruyen, entre más tarecos, los baldes de plástico en los que orinan y defecan los miembros de la familia.

La casa de Isabel no tiene baño.

Isabel dice odiar mucho a su madre, porque la hizo sufrir desde niña y ahora, como si no se hubiera saciado, andaba por el barrio despotricando, mintiendo del trato que recibía. Isabel dice que ella no la agrede a menos que se lo busque por inmiscuirse de más en sus asuntos privados.

Era una flácida anciana, que nos había descrito con laconismo la situación en el comedor para asistenciados El río: sin empleo, a su hija, Isabel, no le alcanza la ayuda que le brinda el Estado, alrededor de doscientos pesos cubanos mensuales (menos de diez dólares); el mayor de los nietos, de dieciséis años y con retraso mental, apoya a la economía de su familia trabajando en servicios comunales —recogiendo basura— cuando sale de clases de una escuela especial.

—Y los muchachos, en medio de esta bronca, ¿cómo se llevan con su abuela? Isabel se enfría, pierde acritud, siempre guardándose una brasa.

—Ellos se llevan muy bien, para que tú veas.

Para que yo vea, los niños sonrén en las fotografías que penden de una pared.

A lo sumo son ocho los muros que delimitan el apartamento. El que muestra como un collage de fotos es aquel al que se arrima la litera, donde Isabel y sus dos hijos duermen. Junto a Messi gambeteando en un póster, otros miembros de la familia. Hermanos, primos, tíos, padres, padrastros. En esos retratos se va componiendo una distancia. Todos los que se abrazan para un encuadre amistoso se han ido separando de una imagen a otra. Incluso la Isabel del collage parece alejada de la que conocimos. Una iluminación difusa la recubría.

De los hijos —dice Isabel— el que le provoca la mar de molestia es el menor, que estudia en la secundaria, tiene doce años y heredó un mal genio permanente. Los maestros insisten en corregir su mala conducta. Sus pies son de una talla sobresaliente para alguien de la edad suya, la 45. Un día extraordinario asistencia social vino —apenas visita el barrio El Fanguito porque los trabajadores sociales no dan a basto en los barrios vulnerables— con la nueva de que le regalarían unos zapatos a su hijo más pequeño. Después de conocer la medida del pie que este calzaba, la mujer de asistencia dijo que el par que había traído no coincidía,

y se fue. Isabel cree que la mujer debió, mínimo, dejarle ahí esos zapatos, y luego ella trataría de venderlos y exprimirle algo a las munificencias del gobierno.

Como una talla 45 es difícil de encontrar en Cuba, nunca volverían con la oferta. Nunca volverían por nada. Pero si aquella vez le hubieran dado los zapatos y, si los hubiera vendido, nadie sabría en qué se invertiría esa ganancia. O sí. Porque Isabel está enferma también de alcoholismo.

En la sala casi no cabemos Isabel, nosotros, los santos en los que ella cree y el oxígeno. En el techo desconchado, las cabillas son huesos renegridos de un organismo de yeso que sufre. Por algún motivo, se siente otra fuerza comprimiendo estos intersticios. No es la privación de aire ya conocida, sino la amenaza latente de que algo puede sobrevenir intempestivo como un tsunami.

A las once de la mañana, Isabel quiere recuperar una serenidad que no vuelve. Se frota la nuca con la mano. En la muñeca famélica, otra mano, la de Orula. Es en este instante que manotea y se tensa, y dice que contestó todo solo porque le simpatizamos, pero sabe que la prensa no arreglará nada. Dice que, tan pronto nos retiremos, saldrá en busca de su madre, que la vieja es muy lenguaraz por hablarnos de su familia sin su consentimiento, y ella, Isabel, tiene que poner a su madre en el lugar que le toca, porque es un elemento perverso y quiere con odio visceral desaparecerla de la faz de la Tierra.

Repentinamente, Isabel cambia a una señal triste, se deja influenciar un momento y es entonces la Isabel que desea morir porque hace años no la corteja un hombre.

Me pregunta si yo creo que lo que he visto allí puede nombrarse vida.

—¿Y tus hijos, Isabel? ¿Qué va a ser de ellos si te vas?

— Ellos, los niños, los niños estarán bien.

Sus fotos acusan distancias ya insalvables, como los que posan en ellas. Sonriendo.

ZULUETA 505

Un derrumbe —dice Herminia Martínez, a punto de sus sesenta años, atreviéndose a sonreír— se oye diferente de la caída libre. Si se estrella un bulto, tú sientes el golpe estrictamente, el ruido sólido, en una pieza, su integridad. Pero el derrumbe es como un chiflido, que es, a la vez, una suma de varias cosas, tipo semillas, o un bloque de agua que se precipita.

Además, tiene su olor de nuncio el derrumbe.

La nariz avezada capta al rato, más fuerte, una esencia que alberga la piedra húmeda.

Herminia cosía de madrugada, un jueves, cuando se vino abajo una parte de su edificio, el de Zulueta 505. Se vino abajo, igual, con este sonido sibilante y líquido que ella sabe muy bien identificar tan pronto lo escucha.

Junio de 2018 figuró entre los meses de mayor promedio de lluvias en Cuba. Ya desde el 31 de mayo, más de 100 derrumbes parciales fueron reportados en La Habana a causa de la tormenta subtropical Alberto. El huracán Irma, en septiembre de 2017, provocó daños a unas 158 mil viviendas.

Pero los pedazos de Zulueta 505, una construcción del siglo XIX entre las calles Monte y Dragones, municipio Centro Habana, empezaron a desprenderse en 1991, armonizando así con una etapa en la que el país entraba a la crisis económica que Fidel Castro llamó Periodo Especial.

Liubis Garlobo tenía cuatro años de edad cuando se mudó aquí en 1977. Ella y sus vecinos cuentan 27 derrumbes parciales. Ningún fallecido. Solo lesiones menores y, más que eso, sustos mayores que las lesiones.

Hace trece años, un niño de trece, justamente, cayó desde unos cinco metros de altura. Trotaba por los escalones a la azotea, buscando una pelota que se le había escapado a un patio interior. Uno de los tramos de escalera se partió a la mitad, y él, liado con todos los escombros, no se detuvo hasta aterrizar en el nivel más bajo. Lo más que sufrió, en el plano físico, fue un rasguño sobre las costillas.

—Pronto a ellos los reubicaron en otra vivienda, con tal de callarlos y de que no armaran escándalos —dice Liubis.

Al tramo del accidente, donde se quebró la escalera, ahora lo remplazan pedaños de madera, y el miedo a subirlo es tal que nadie se atreve a hacerlo ni en juego, dicen los vecinos. Hay, en Zulueta 505, un bebé de meses, que la madre carga entre los brazos, y otros dos hijos que no llegan a los cinco años.

Por cada derrumbe que se produzca, los vecinos, sin conocimiento especializado alguno, tienen que redactar un Dictamen Técnico. Básicamente se trata de un documento que recalque las pésimas condiciones del edificio, solicite alguna ayuda urgente y tenga pegado un sello postal de cinco pesos cubanos. El documento es ya una letanía.

—Hay un arquitecto de la Comunidad, por tanto, no tengo que hacerlo yo —explica Liubis.

Los vecinos dicen que los arquitectos no vienen y, los pocos que han venido, selimitan a declarar lo evidente: que el edificio es inhabitable, que quien resida ahí tiene seguramente alma de suicida.

Sábado, siete de julio, números de suerte. Cinco de la tarde. Liubis baja a comprobar el nivel de la cisterna. No encuentra nada fuera de regla, porque el depósito se mantenía casi seco y todo conservaba la apariencia normal del día anterior. Intacta, podría decirse.

Lo normal, en Zulueta 505, acláremoslo, nunca es normal por entero. Una vez cayó al tanque una rata. El cadáver de la rata se pudrió adentro y durante un mes debieron trasportar agua potable de otros lados.

Liubis regresó a medianoche para volver a chequear y supo entonces que, mientras ponía la casa en orden, había ocurrido otro desplome. Por estimación cree que, si hubiese bajado un momento antes, podía haber muerto aplastada en el acto.

Además de su amenaza constante, los escombros pusieron fin a una cisterna que abastecía a ocho familias.

Ocho familias, sin agua, que comparten los restos de Zulueta 505, contra el tiempo y el juicio. Que no envejecen más aprisa ni enloquecen. Que parecen fantasmales, a duras penas cobijadas por una arquitectura que tiene poco cuerpo que ofrecerles, cada vez menos.

En Zulueta 505, todavía vive gente. Vive gente que no vive como gente.

De los 3,8 millones de inmuebles residenciales que se registran en Cuba, al menos el 39 por ciento presenta un estado constructivo entre regular y malo, reseñan los datos oficiales.

No se puede prever el momento del derrumbe, no hay pronóstico.

Una esquina completa de Zulueta 505 sucumbió en 2009, cubriendo las calles de un polvo perentorio. El velo, la nube que se desplazó a ras de suelo, cegó a los vecinos. A tres metros, no se distinguía una sola figura. En medio del terror, la gente huía por los balcones, por las grúas que arrimaban los carros de bomberos. Una anciana tropezó con un cilindro de gas y se abrió una herida en la frente.

Carlos González se enrolló una toalla húmeda en la cara, alrededor de las vías respiratorias, trepó a la azotea y, de ahí, saltó una cerca divisoria hacia el techo más cercano.

—Teniendo veinte años, yo podía hasta brincar en un solo pie. Ya no —se lamenta Herminia.

Aquellos que pasen por Zulueta sin levantarla mirada, sin prestar atención, en especial después de 2009, creerán que en el número 505 no reside nadie. Y seguirá creyéndolo a menos que, en el hierro de los balcones, encuentre alguna prenda colgada que el viento no agita, o una bandera cubana también inmóvil. Sin estas evidencias, afirmaríamos que es imposible, que allí no puede haber un televisor, los muebles, la ropa, una familia, una vida.

Dice Carlos, esposo de Herminia, cincuentón, de manos callosas y voz hinchada, que la empresa del gas vino y cortó el servicio, porque entendió que el edificio estaba deshabitado. La empresa entró en razón cuando los propios vecinos se presentaron como prueba irrefutable.

—Parece que no existimos, que el Sistema nos borró —agrega Armando Camillero, inclinado sobre las tiras herrumbrosas de un balaustre.

Un camión lleno de agua fue enviado al edificio, el martes 10, por el Parlamentoprovincial de La Habana. Los vecinos de Zulueta 505 saturaron los recipientes todo cuanto alcanzaban. El viernes 13 no había regresado ningún otro proveedor.

Daymi carga un pequeño bidón de agua para bañarse. ¿Crees que alcance?, pregunta. Daymi es una mujer grande. Pero tengo un solo corazón para aguantar tanto, dice.

La tarde es un plástico derretido a fuego lento, saca las notas más altas de la putrefacción, del miasma.

—Vivimos sin higiene hace más de veinte años, entre las ratas y los mosquitos. Ni siquiera los trabajadores de Salud Pública vienen a inspeccionar por si hay criaderos de *Aedes aegypti*. Y nos hemos enfermado de dengue o zika —dice Armando.

Los vecinos pagan a un barrendero de la calle para que limpie, en la medida posible, la entrada al edificio, asegurada por un candado que los intrusos vulneran las veces que se les antoja.

Cuando Raúl Castro estuvo para la reinauguración del aledaño Teatro Martí, los oficiales de la Seguridad del Estado entraron al edificio para sus trabajos de protección, y preguntaron a uno de los vecinos que salía entonces si adentro moraba alguien. Al responder que sí, le preguntaron si estaban residiendo ahí legalmente. Las afirmaciones aumentaron, una a una, el asombro de los agentes; no hubo más que eso.

—Nos ignoran las autoridades, no dan la cara salvo que un ciclón nos amenace —dice Liubis.

Para que le dejaran participar en las elecciones, Herminia tuvo que reclamarle al colegio. Las asambleas de rendición de cuentas no citan a los de Zulueta 505. Herminia y sus vecinos ejercieron su voto sin haber recibido una boleta de invitación.

Tampoco los tuvo en cuenta el último censo de población y viviendas en 2012. Ellos mismos exigieron que los incluyeran.

—Tienen miedo a subir —dice Armando.

A Zulueta 505 llega la prensa extranjera, la independiente y la oficialista (el periodista José Alejandro Rodríguez le dedicó su espacio en la televisión). Ninguna ha solucionado los problemas.

—Queremos que nuestra realidad vuele a todos los niveles, que nos vea Raúl Castro o Díaz Canel, que sepan —dice Liubis.

Todos los vecinos juntos, llevando a los niños de las manos o cargados, han ido a reclamar nuevas casas a las representaciones del gobierno y del Casco Histórico. Nada más acuden a un organismo, este responsabiliza a otro, y viceversa.

—El presidente del Parlamento provincial, Reynaldo García Zapata, al parecer, nos evade y manda respondernos a sus emisarios. Tiene que haber una desgracia mayor, como en Zanja e Infanta, tiene que haber muertos, para que acudan los coroneles. Si pasara algo, yo culparía directamente al presidente del Parlamento provincial, a la Oficina del Historiador, al Parlamento municipal y a la oficina de Vivienda. Son las instancias que nos han condenado a muerte —dice Armando.

Uno de los niños se pone a gritar la consigna de moda: “Yo soy Fidel”. Logra, escasamente, articularla con claridad.

Los vecinos de Zulueta 505 hicieron un mural con imágenes del edificio y le colgaron el concepto de Revolución de Fidel Castro. Fueron acusados, rápidamente, de contrarrevolucionarios. En defensa colectiva, Armando dijo que, si eran palabras del líder Fidel las que estaban usando para su causa, cómo estas iban a oponerse a la Revolución.

Han estado días, hasta las siete de la tarde, esperando que el Parlamento municipal los atienda. Sus quejas las presentaron, además, al Consejo de Estado. No las escuchan, no las escuchan, no las escuchan.

Después del derrumbe grande en 2009, liaron los bártulos y se fueron a vivir a las puertas del edificio, en la calle. Luego de su demostración pública consiguieron que les cedieran un local para construir viviendas en Muralla, números 408 y 410. Les dijeron, al comienzo, que era un proyecto exclusivo para 14 núcleos familiares de Zulueta 505, ejecutado por la Oficina del Historiador de La Habana.

Pronto se amplió a 25, y se les explicó que ya no sería solo de Zulueta 505, que eran, verdaderamente, quienes lo habían procurado.

Esta obra pidió primero el apoyo en la construcción que los afectados pudieran brindar, y luego impusieron una norma rígida de 120 horas por un período de 18 meses. Había, entre los vecinos, quien no quería renunciar al trabajo que tenía por aquel entonces: dadas las condiciones de la norma, estaban obligados a dejar su empleo.

—Nosotros somos trabajadores, el que no está en la nómina de una empresa, está contratado por cuentapropistas. Nadie de los que aquí ves anda robando carteras —explica Herminia.

Los que no cumplieron, por uno u otro motivo, fueron separados del plan, que, a pesar de prometer 18 meses de duración, terminó en diciembre de 2017, al cabo de casi ocho años.

—Que yo sepa, solo han mudado a los que su apartamento se les cayó encima —dice Liubis.

—¿No quisieras irte de la Habana Vieja?

—Por qué hacerlo, si a cualquier otro lo reubican aquí mismo. Por qué tendría que permutar a un campo, adonde ellos despachan a la gente, adonde no hay transporte ni nada.

No hace tanto, los sobrevivientes de Zulueta 505 vieron, pasmados, un reporte. El Noticiero Nacional informaba que el total de vecinos del edificio había sido albergado en nuevas construcciones, precisamente en Muralla 408 y 410.

—Nosotros ignoramos quienes ocuparon las casas que nos correspondían. Sé que, a una delegada, una mujer con cargo político, le entregaron una vivienda, tendré que postularme a ver si así resuelvo —dice Carlos.

Varias amistades de Herminia se alegraron por lo que transmitió el noticiero, y recibió una andanada de mensajes felicitándola por la nueva casa. Les contestó que no. Que ojalá fuera cierto. Que continuaría oyendo derrumbes y teniendo la misma disposición para, en cualquier madrugada, huir a toda marcha hacia la calle.

Nadie aquí pide que le den una mansión o un *penthouse* en Miramar, sino las condiciones mínimas para una persona, dice Carlos. En otro lugar del mundo, un

obrero no vive como nosotros, el salario nuestro pagaría una renta, mala o buena, nunca cayéndose a pedazos, dice Herminia. Un favelado en Brasil está mejor, al menos no duermes pensando que se te va a desplomar la casa, bromea Carlos.

Lo más reciente fue el compromiso de reubicarlos en la Casa de la Cultura municipal, en Revillagigedo y Gloria. Liubis duda que allí hayan dispuesto un entorno adecuado. Sean figuraciones de ella o no, la mudanza no ha sucedido.

—Si insisten en no atender sus demandas, ¿qué harán ustedes?

—Ir otra vez al Consejo de Estado y, si no, cerrar la calle Zulueta con las pertenencias. No queremos armar un espectáculo, pero nos están forzando a eso.

A fuerza bruta, repetidamente, los extraños rompen el candado de la entrada al edificio. Cualquier evacuación del organismo deja sus rastros en esta zona. Orina, heces y algún vómito.

Locos, deambulantes, mendigos, borrachos, onanistas, parejas de homosexuales penetrándose sin pudor ni lecho, criaturas de las noches habaneras se introducen por la esquina derruida.

Un trabajador del Mercado El Orbe, a un lado del frontis de Zulueta 505, intentó tapiar la parte baja, después de calificarla como “antro de perdición”. Su empeño no sirvió de mucho, porque rajaron el zinc y volvieron a colarse.

Abajo hubo un fuego provocado por los intrusos, el 31 de diciembre de 2017.

Trabajadores de la Oficina del Historiador apuntalaron el edificio hace más de dos décadas, con vigas de cedro. Aseguraron, ante todo, la fachada. Aparte de que su ubicación es un atractivo seguro a ojos del turismo (En 2017, respecto de la temporada anterior, las visitas internacionales a la capital aumentaron de 2,1 a 2,6 millones), la Oficina tiene el interés de construir, en Zulueta 505, el Hotel Gran Vía, que aparece relacionado en la página web de Plan Maestro.

—Siempre hacen más por los turistas que por el pueblo —dice Armando.

De estas vigas de cedro, el destino es pudrirse o ser robadas. Se llevan la madera, o el mármol de las escaleras, que es mármol valioso, de Carrara, según Armando. Los vecinos sospechan que venden los materiales a hostales y negocios privados.

Para frenar algo la depredación, Armando ha quebrado las piezas que visten los escalones.

El pillaje en Zulueta 505 se ha desbordado.

Mirolava, mujer pequeña y torrentosa, dice que una mañana escuchó unos ruidos extraños, fuera de lo normal que nunca es normal. Eran dos hombres, vestidos con ropa de constructores, con sogas y herramientas. Estaban bisbiseando, como con malas intenciones, cuando Mirolavalos interrumpió. Ustedes qué quieren, dijo. Llevarnos los vitrales, que nos hace falta el cristal, dijeron. Miren, váyanse de aquí o llamo a la policía, dijo, y los hombres se dieron a la fuga.

Avisaron los vecinos al delegado de la circunscripción. Al jefe de sector de la policía también lo avisaron. Pero ni a las autoridades policiales, que tienen una estación próxima en la calle Dragones, parece importarle Zulueta 505.

Entre las sombras del patio vagan tres gatos. Puede pensarse que los gatos son los únicos, sin contar a las familias, que cuidan del edificio: ellos, gran favor, mantienen lejos a las ratas.

En menos de cien metros, está el elegante hotel Saratoga. A menos de cincuenta, están el remozado Teatro Martí y la Iglesia Bautista El Calvario.

—Si en algún rincón, Dios pone su mano, es aquí, en Zulueta 505. Porque aún respiramos —dice Liubis.

Este edificio tenía en cada descanso un espejo, un bebedero, todos los apartamentos exhibían mamparas elegantes, los vitrales, un fogón de leña, muros que ya desaparecieron.

El triunfo de la Revolución dejó que los humildes ocuparan construcciones que estaban reservadas a estándares sociales elevados, pero en muchos casos los ha confinado a su fatalidad.

Hoy la lluvia se filtra a través de los techos decimonónicos. El libro 500 años de construcciones en Cuba, de Juan de las Cuevas, caracteriza al siglo XIX, el de Zulueta 505, con el crecimiento de los ingenios y la industria azucarera. Sobre la arquitectura capitalina apunta: “Los techos en La Habana se comienzan a usar planos, de vigas de madera, sobre las que se extendía una tablazón gruesa que se cubría con rajones de caliza blanda y con ripios que se macizaban con arena y cal, dándosele adecuada pendiente hacia los caños o bajantes de pluviales”.

Los signos de esplendor, de todas maneras, se han ido. Zulueta 505 está muerto, y quienes viven en él, viven sobre un cadáver.

Armando guía por los recovecos hasta una sala abandonada, *mezzanines* perdidas, un juego de sofás ceniciento, pedazos de cosas, cosas sin pedazos, papel, pedazos de pedazos, hierros, pedazos frugales, telas, latas, pedazos grotescos, palabras escritas en las paredes, firmas, mensajes de un amor de mancebo jurado, romanticismo disonante, mensajes con aires urbanistas, medio advertencias, mensajes contra mensajes.

Pesada y totalitaria, como un telón negro, es la oscuridad en que estamos. La agrietan, arriba, los arañazos blancos de unas bombillas, que son muy pocas, como dientes dispersos. En la escalera es difícil ver dónde pisar sin riesgo de torceduras o caídas.

Más confortadora es, disparatadamente, la esquina derruida, donde un yagrumo ha crecido, con su tallo verdozo, casi en el justo centro, como un adorno de mesa. Y a uno de los lados una tomatera ha parido frutos.

Desde lo alto, sin embargo, se asoma al hueco el pedazo curvo de una bañera, encajada en el concreto. Y uno puede percibir, también, declinando la mirada, que las ratas no paran de salir, revolver y moler la basura.

De noche, dicen los sobrevivientes, es el derrumbe.

El derrumbe, que ha sido el más feo de todos, les regala a los que se aferran a Zulueta 505 una vista inmejorable de la ciudad.

LOS RASGOS INFINITOS*

Para nuestro archipiélago, corría la semana de la cultura japonesa. Sobre las dos de la tarde, un sábado, diciembre de 2015, la Habana Vieja era azotada por unos veintinueve grados Celsius. Mientras otras multitudes cumplían la atávica faena de aprovisionarse para las cenas navideñas, unos cien adolescentes eufóricos y sudorosos invadía el patio de la Casa de la Obrapía.

Los representantes del proyecto Habana Cosplayles piden silencio. El espesor se apiña contra la columnata sin obedecer, su bullicio rebota entre las paredes amarillas.

Había amanecido un cielo encapotado, que interrumpidamente aflojaba una llovizna tímida encima del bloque de *groupies* o fans entusiastas trasegando, prácticamente abalanzándose unos contra otros para conquistar terreno. En donde se unen dos banderas, las de Cuba y Japón, hay algunos jóvenes —calculo a ojo— que sobrepasan los veinte años.

Adelanto hacia ellos. No son mis coetáneos, pero al menos, bajo la pátina de las edades, están más cerca de serlo. Y pienso que me hacen sentir menos fuera de lugar.

Tenía en la galería del teléfono lo que hasta entonces lograba, solo fotos pésimas, encuadres con cabezas y espaldas sin ningún valor informativo.

En el vórtice, una muchacha ahilada se yergue e insiste en que todos callen, por favor, micrófono en mano. Traje blanco, acampanado abajo, como de quinceañeras, peluca rubia blancuzca, pintarrajeados los labios y párpados de negro.

No sé de quién se trata, pero he aquí lo que conozco antes de presentarme al sitio en que ahora me encuentro: la mayoría de los cosplayers imitan a protagonistas de manga o de anime, casi siempre interrelacionados. Y es eso lo que

* Nota del Editor: Este texto mereció el Premio de periodismo por los 50 años de la revista cultural *El Caimán Barbudo*.

la muchacha es, una cosplayer, una cosplayer en Cuba, vestida de un personaje que no reconozco.

A mi izquierda se abre paso el adolescente escuálido a quien, en cambio, descubriría como uno de los ninjas de Naruto. Sin mayores precisiones, claro, porque no me considero de los imbuidos por el género. Para más señas, usa traje fosco y arriba, en el centro de la cinta que abarca su frente, un sello con espiral. Lo cual, me consta, es un dato inútil.

A la izquierda de él, hay más feligreses ocupando el trecho. A la izquierda del trecho, el pasillo libre por el que después enfilarían los cosplayers, a ritmo teatral, a ritmo —podría aventurarlo más tarde uno de los asistentes— glorioso.

Primero, los cosplayers aguardaban su turno en el rellano o acodados sobre el pasamanos de la escalera.

Bordeo en dirección a uno de ellos. Toco su hombro con el índice y se voltea lento, actoral. Su pelo estaba teñido de rojo; el tinte, ya fuera por agua o sudor, había goteado hasta manchar de sangre pálida su camisa. Le pregunto a él quién organiza el proyecto.

—Ella, Patricia Machín, no pudo venir; la que dirige la actividad hoy es aquella con disfraz de Alicia en el País de las Maravillas —dice con voz falseada.

Aquella muchacha de traje blanco como de quinceañeras, micrófono en mano, que tenía sin embargo la voz sin afectar, intentaba poner orden.

La multitud verbenea en los pasillos. Una señora de la Oficina del Historiador le exige en tono displicente que retroceda hacia el área del patio para darle comienzo al desfile. El área del patio que ella indica tiene un piso arenoso y desapacible. Y en lo personal una desventaja reporteril, desde ahí se me escaparían los pormenores. Intento explicar a la señora, por consiguiente, la necesidad de mi acercamiento. La señora, intratable, no demuda, más bien me ignora. O me toma por otro seguidor del manga.

No sé si parezco uno de ellos.

No sé si ellos poseen una apariencia en particular.

No sé si los seguidores del manga merecen la displicencia de los que no lo son.

Si estuve en la Casa de la Obrapía fue porque Enrique Mayo habló de Habana Cosplay. Loespero en los escalones del cine Riviera. La calle 23 se animaba rumbo al Malecón, porque Olga Tañón iba a exaltar su espíritu boricua en la Tribuna Antiimperialista y cumplirle su promesa de un concierto a los cubanos.

Yo nada más quería hablar con quien dirige el proyecto Hikari Guild; en sus inicios, una suerte de revista digital en la que publicaban noticias de eventos, artículos, reseñas y críticas de series anime. La revista alcanzó una frecuencia mensual. Siendo colaborador de un Joven Club de Computación (centros que la Revolución habilitó para la instrucción de los cubanos en materia de computadoras), Enrique, sacaba provecho del acceso a Internet, descargaba las informaciones, las pegaba a un documento de Word y elabora un Pdf. Con todo esto, dieron los primeros pasos.

Ahora el proyecto, más crecido y heterogéneo, no se limita a publicar. Con presentaciones permanentes los segundos o terceros sábados de cada mes en el Riviera, organizan eventos sobre manga, anime y videojuego. Proyectan trailers y videos musicales con medios de la propia sala. Videos musicales de canciones japonesas y —palabras textuales de Enrique— canciones normales. Pero “canciones normales” con imágenes de series japonesas.

Hikari Guild añade juegos participativos, encuentros de conocimientos, interpretación de escenas y rifas, cosplay, grupos de artesanos haciendo algo de mercadotecnia incipiente.

Considerando que en Cuba no hay sitios específicos en los que comprar, pongamos por caso, llaveros de Naruto, dichos artesanos, bajo la égida de sus pertinentes licencias de cuentapropistas, confeccionan, además, pegatinas, colgantes y afiches. Baratijas que sustentan a Hikari Guild, porque los concursos y programas de participación son premiados. Y el grupo —explica Enrique— lo constituyen estudiantes o trabajadores que estudian o jóvenes que viven del sustento económico que le ofrecen sus padres. Ni presupuestos, ni institución que los respalden financieramente desde que arrancaran en 2011.

En una ocasión en que ANK, hoy inactivo, estaba por celebrar su segundo aniversario, acudieron al proyecto 23 del Instituto Cubano del Arte e Industria

Cinematográficos (Icaic). El proyecto 23 les facilita el cine La Rampa. Cuando La Rampa no estuvo disponible, se cambiaron a la sala del Riviera. Por esas fechas crean el festival nacional cubano Otaku.

—Para el segundo evento que organizamos, el público se extendería hasta la Avenida de los Presidentes— recuerda Enrique.

Hikari Guild nació de ir interactuando mediante foro debates de intranet. Mayo y un puñado de amigos se citaba en una casa equis. Él y otra muchacha con ciertas aptitudes para redactar, escribieron los textos. El novio de ella, un diseñador, y otros colegas, se encargaron de la visualidad de la revista.

Hoy explotan la plataforma nacional Cubava.cu e intercambian con varios usuarios a través de blogs, que van de noticias sencillas a Pokémania (información para fans del universo Pokémon).

Si buscamos causas, fue la televisión cubana la que removió la afición de Mayo por el anime. Durante la década de los noventa, recuerda que pasaron series como Voltus V, Princesa Caballero, Mazinger Z, Ángel, la niña de las flores, Los gatos samuráis, Mikán el gato, después Pokémon, Digimon, Yu-Gi-Oh! casi completa. En la adolescencia, con la propagación de los medios digitales en el país (memorias USB, discos externos), aumenta el consumo personal de series llegando a —de nuevo, palabras textuales— “un récord de 240 terminadas”, esto es, vistas hasta el último capítulo. La más dilatada de ellas, Naruto, con 700 episodios. Sinacabar, Detective Conan, con 795 de momento: Probable rompimiento de su marca individual, diríase en el argot deportivo.

Se veía gente delgada en la Casa de la Obrapía. Gente muy delgada. Entre los cosplayers, esta delgadez casi enfermiza podía transparentar probables actitudes: mientras menos carnes, tejido adiposo o músculo, más semejanza con las figuras épicas de los cómics y las series animadas. Y hay algo de magro heroísmo, o al menos de valentía, en los cosplayers cubanos.

La Alicia en el País de las Maravillas presenta a los intérpretes leyendo listas en papeles. Un par de niños, niños de verdad, salen como personajes de One

Piece. Otro conjunto, de Final Fantasy. Un tercero, de Fairy Tail. No solo han reproducido el vestuario y los típicos peinados andróginos, sino también las catanas y espadas inverosímiles del tamaño de una persona adulta, con madera y poliestireno.

El cerco del público grita, aplaude, hace videos, saca fotos. Algunos comentan que Miku va a cantar. Ahorita. Más tarde. Miku, de un momento a otro, cantaría, y la gente pasa sobre la gente como tratándose de Taylor Swift rasgando la guitarra, o de Selena Gómez modelando en lencería. O mejor, como tratándose de Hayao Miyazaki en persona mostrando sus bocetos originales. Miku va a cantar y es integrante del proyecto Vocaloid, que se había presentado unos minutos por delante con una coreografía robótica, oxidada.

Bueno, ya Miku va a cantar. Peluca azul verdosa, traje ceñido y falda corta al modo escolar de *Sailor Moon*. Botas que se cierran hasta las rodillas.

Lleva bastón verde con la punta bifurcada igual que una letra Y.

Con brazales de tela negra, mantiene los brazos doblados igual que una letra L.

Esto último me hace deducir que, en caso de distensión, los brazales caerían al suelo como dos filamentos de la noche. Porque —sírvanos el detalle o su reiteración— Miku luce muy delgada.

Miku es una voz aguda y electrónica sobrevolando un background agudo y electrónico. Encima de los hombros de los varones, unas adolescentes aprecian las emulaciones de la cosplayer con más inmersión y la filman. Miku no centellea, sus movimientos se suceden con desgano.

Una de las adolescentes pregunta a otra si esa voz que transmiten los altavoces es la de ella, la muchacha real.

Sí, ajá, le contesta. Ambas dicen Ay qué lindo y se ponen a corear las letras. Muchos acompañan lo que entona Miku: para mi oído, tan solo una canción chillona en japonés.

A poco el público votaría y esperaría la premiación de los intérpretes. Sin sorpresas, el proyecto Vocaloid en el que actuaban Kaito, Piko, Ria y la loada Miku, se contaba entre los ganadores. Con los brazos en ele, Miku corresponde

a los aplausos mencionando nombres de muchachos que la saludan, y cuando se olvida de uno, dice frases del tipo “deseo agradecer a la chica de ahí, que no recuerdo cómo se llama”. Todo parece indicar que son momentos de elevación.

Vocaloid, software de síntesis de voz desarrollado por Yamaha Corporation. Miku, excantante de la banda An Cafe de J-Rock. J-Rock, nombre que recibe la música rock hecha en Japón y que proviene del inglés Japanese Rock.

La cultura es también un constante hilo de inconstancias. De rasgos infinitamente encadenados.

—Espera a que terminen su función los cosplayers para darte la entrevista— me dijo Alicia en el País de las Maravillas.

El ambiente plagado de ruidos en la Casa de la Obrapía obstaba cualquier diálogo. Después de la premiación y de anunciarse que Habana Cosplay se dirigiría a tres plazas del Casco Histórico, vuelvo donde ella, quien acepta ir hablando en lo que caminamos, pero el bullicio del público se había trasladado entonces a las calles. El extenso grupo admirador de la cultura japonesa que nos rodea, no ha venido precisamente a asumir la coherente virtud de la moderación.

Dos de las cosplayers comienzan a bailar, aunque encogidamente, al compás de Alexander Abreu en la Plaza Vieja.

Alicia propone que posterguemos la entrevista para el regreso, cuando vayan a cambiarse las ropas en la Casa de la Obrapía, y vuelvan a sus atuendos usuales. Acepto con la idea de hacer el recorrido al lado de ellos, so pretexto de ir fotografiando. La Alicia de Carroll seguía al Conejo Blanco y yo, pan comido, debía seguir por la Habana Vieja a la Alicia vestida de blanco, que iba con su novio, un joven barbado que sabía dar explicaciones en inglés a los turistas curiosos si se la pedían.

Algunas personas que la vieron flotando con su vestido de quinceañera en la calle, comentaron que Alicia estaba disfrazada de vampira.

En 2007 apenas existían grupos que promovieran anime, manga y cultura japonesa.

Ernesto Rodríguez junto a Tania, Rosita y José Luis, formaron ANK. Escogían temas y debatían sobre animación o videojuego. Ponían películas que se brindaban luego por *pendrives* de manera gratuita. Todo ciertamente se brindaba de manera gratuita, según Ernesto. Muchas de las personas que después hicieran agrupaciones similares, surgieron de ANK. Ellos concibieron el primer cosplay que se recuerde, por lo menos, en La Habana.

—Y no significa que aquí no se haya hecho cosplay, en fiestas privadas. Pero el primer evento organizado y donde hubiera premios, aun con la participación poco memorable de intérpretes, fue el de nuestro grupo. Noviembre de 2008, en La Madriguera. —dice Ernesto, de 32 años.

El debut viene atravesado por la indiferencia. Las actividades de ANK eran presenciadas por un público reducido que, si bien iría engrosándose, fue baldío al comienzo, a pesar de que no había el contrapeso del paquete semanal, ni el Internet tullido ni las grotescas zonas Wi-Fi del presente. Tampoco vendedores de anime en discos compactos u otros formatos. El interés del proyecto no se dirigía a intensificar la curiosidad por el manga, sino que fuera más extenso y resultara en un movimiento por la cultura y la historia de Japón.

— En cierta medida, lo logramos, porque al cabo fuimos testigos del legado. Gente que partió de ANK, hoy hace origami, escultura y pinturas de temática nipona. Se crearon además clubes de shōgi o ajedrez japonés. Del manga avanzaron a las películas y series con actores reales de ese país. De pronto, para que te formes una mejor imagen, convocábamos a funciones para tambores taiko y recibíamos una multitud —explica Ernesto, un metal nostálgico resplandece en sus lentes.

El nombre de ANK (Anime no Kenkyu) proviene de que estaban decididos a evitar la intrascendencia.

No querían que el nombre solo se oyera lindo y pegara. Traducido al español Anime no

Kenkyu significa investigación sobre anime. Atractivo como sus siglas, fácil y rápido de pronunciar y retener; insinuaba otras connotaciones, más seriedad. Rosita y Tania que estudiaban idioma japonés lo sugirieron.

Pero a la larga, el grupo pierde dos piezas valiosas. José Luis emigra de Cuba. Rosita abandona ANK por motivos personales.

Varios meses la gestión de conseguir locales golpea a los restos del grupo. La senda administrativa o burocrática de hallar un espacio que se les prestara gratis, para sus actividades sin ánimos de lucrar, solía agotarlos. El tercer factor de incidencia sería el tipo de público, tan cambiado, tan distinto de cuando iniciaron ANK. Público con ganas de ir estrictamente a comprar, a consumir por consumir, según Ernesto.

Los cosplayers se retratan en la Plaza Vieja. Alicia, en la de San Francisco de Asís. Bajo el adusto techo del Palacio de los Capitanes Generales volvieron a fotografiarse, luego decorrer a guarecerse por otra llovizna.

Las otras multitudes los miran como a locos desnudos, o como al rey en el cuento de Andersen. Los colores de las cabelleras postizas de Vocaloid son azul, blanco y dorado. Azul en dos tonos, las de Miku y Kaito. Blanca la de Piko, de cuyo traje femenino cuelga un cable USB imitando una cola. Ria se distingue por su dorado.

Los cosplayers no tardan en absorber la atención de los turistas en el Casco Histórico. Una pareja de japoneses se les acerca con sendas cámaras Nikon, shorts, sandalias, sombreros encasquetados. Les preguntó en un inglés basto si por casualidad hablan este idioma o entienden español.

—Un poco de inglés—dijeron ellos.

—¿Qué opinan de haberse encontrado en La Habana a estos muchachos cubanos con disfraces manga?

—Estamos muy, muy sorprendidos. Cuba es un país increíble.

ANK inspiró el trabajo de Patricia Machín y Enrique Mayo. En Hikari Guild, Mayo publicaba sobre los eventos en La Habana. Machín, por su lado, fundó Habana Cosplay.

A diferencia de ANK, las nuevas generaciones con proyectos semejantes pretenden remedar lo que se realiza en México, Argentina y otros países, explica Ernesto. Un error porque desde este terruño no hay los niveles de mercadotecnia para venderle a la gente. Y si se presentaran tales niveles, no hubiera la cantidad de dinero para adquirir los productos.

La perspectiva actual es, más bien, lucrativa. En provincias como Villa Clara y Sancti Spíritus, con un sentido opuesto, los proyectos mantienen distancia de los intereses económicos, al igual que los de ANK en sus raíces.

Ernesto cree que convertir el anime y el manga en renta, es un malexclusivo de La Habana.

— ¿Por qué la afición tuya por el manga y el anime? —le pregunto.

—La animación japonesa tiene diferencias claras de otras en el mundo. Tú puedes disfrutar de una excelente serie americana que en el fondo encontrarás lo de siempre, lugares comunes. Más allá del arte conceptual de los japoneses, resalta lo peliagudo de sus historias. Hay, por ejemplo, antihéroes, cosa que no abunda en occidente. Luego hay giros, sorpresas. No acostumbran tampoco restringir la violencia, el erotismo, los conceptos del bien y el mal. Los personajes positivos cometen acciones negativas o cuando menos condenables. Los finales no siempre son felices. A cualquiera que le preguntes te dirá que no sabe por qué lo ve, pero no puede dejar de hacerlo.

Dice Enrique Mayo:

Tengo veinticinco de edad. Lo que nos sedujo del género ninguno de nosotros lo explicaría. Tú solo ves un capítulo y enseguida te encuentras conectado, viendo el que le sigue y el que le sigue. No me pasa con series de actores de carne y hueso. Tú las ves y te duermes. Puede que esté diciéndolo por mí, pero el anime tiene ese poder de hipnosis. Quizás te atrae el estilo de dibujo o las características de los personajes. Como que te hechizan. Crean una adición sana. He leído opiniones de periodistas satanizándolos por generar actitudes negativas. No mienten al decir que en exceso hace daño. O que contienen violencia muy explícita. Pero el anime se clasifica para los tipos de audiencia por edad. Si algo falla es la responsabilidad familiar, el control paterno. Si tu hijo tiene doce años no debería permanecer mucho viendo chorros de sangre o desmembraciones. Como dice el profesor Mario Masvidal en *X Distante*, son muñequitos para gente grande. Y varios lo son, en verdad. Por otro lado, con las series anime se aprende. Las hay específicas para instruir en matemáticas, química o historia. Y no te olvides del idioma. Un gran número de los cubanos que hoy estudian japonés, fueron motivados por la animación de ese país.

Verónica Santisteban (Vero) dice:

Cumplí dieciséis. Sigo las series desde los doce años por una amiga de la secundaria.

Para mí, los animadores japoneses hacen magia. Me gusta dibujar y aprendí bastante de los trazos del anime. Los imito. Veo series encerrada en mi habitación, casi todos los días, salvo que mis amigos me llamen para llegarnos al parque de G en la noche. Paso largo tiempo de las clases en la escuela haciendo gente de Naruto y de Bleach, en las hojas de mis libretas. En el aula me miran como a bicho raro. Extrovertida con los míos, glacial con los demás. Cuando era pequeña, mi familia vaticinó que me haría doctora como mi madre. Pero pienso seguir una carrera de dibujo o diseño gráfico. Me gustan más los muchachos semejantes a los del anime, pero si fueran iguales a Ichigo Kurosaki, el protagonista de Bleach, tanto mejor.

Juan Ernesto Arocha dice:

Tengo veintiocho años. Lo que me enamoró del anime no lo sé. Puedo decir que históricamente mis películas favoritas son Ghost in the Shell y Akira. Soy gran y curtido devorador de manga, anime y hentai (animación de contenido pornográfico, en la cual las mujeres son penetradas por falos humanos o por tentáculos de monstruos, o consuman relaciones incestuosas). Sé que los personajes de las series y de las películas son más creíbles que los actores reales. Qué voy a ver si no, ¿Tras la Huella? En los animados no hay malas interpretaciones ni emociones fingidas. Entre mis fantasías sexuales, quiero acostarme con una chica vestida como las de Bible Black, un popular hentai. A decir verdad, no lo he conseguido.

Una tesis de licenciatura sobre hentai, escrita por la joven profesora de la Facultad de Artes y Letras, Yudith Vargas Riverón, concluyó lo siguiente: “Aun el hentai más escabroso recoge elementos de la tradición erótica y la cultura japonesas”.

—El manga y el anime, tan estratificados, responden al gusto de un número infinito de nichos del mercado —explica Yudith, quien no esconde su apego personal hacia estos géneros.

En La Habana —dice— recién se ha dado un resurgimiento de afinidad por la cultura japonesa, que en la época de los sesenta y de los setenta había ocurrido

por los filmes de samuráis. Hoy en el mundo, aparte del término globalización, se habla de japonización. Japón se globaliza a través del manga y el anime, que toman los gustos de mercados extranjeros, occidentales. De ahí que enlacemos mejor ahora con esos códigos.

Le comento del caso de la ucraniana Anastasiya Shpagina, quien llegó al extremo de acudir a un quirófano para transformarse de pies a cabeza en una figura estilo anime.

—Incluso en los subgéneros más grotescos y violentos, los personajes privilegian lo que llaman estética kawaii, en español: lindo —señala Yudith.

Toda la semiótica de la imagen, según la profesora, pone en función lo lindo para gustar dentro y fuera de Japón. Tradición que viene del período Edo, entre 1603 y 1867, cuando florece la cultura popular nipona especialmente por el gran consumo de Ukiyo-e, xilografía o grabado en madera japonés. Vendidas como historias independientes, libros de láminas o álbumes. Hablamos, en resumidas cuentas, de un país proclive a las imágenes gráficas.

Como todo mundo.

Los japoneses no consideraban aceptable su apariencia para los cánones de belleza dominantes. La mujer esbelta, pelo rubio, es un patrón en los diseños.

Pero aquí no hay solo guiños al mercado, según Yudith. El anime trabaja a diferencia de la técnica occidental, con pocos cuadros por segundo. Quiere decir que intentan lograr el mayor dramatismo y expresividad a partir del empleo sabio de la semiótica de la imagen. Los colores del cabello de determinado personaje, esos colores tan extravagantes, enuncian metafóricamente y simbólicamente las características propias.

Sakura, de Naruto, tiene el pelo rosa como la sakura, flor del cerezo, icónica de Japón. Y una personalidad fantasiosa.

El hentai por su naturaleza erótica responde a la demanda de ciertos estándares ya arraigados. Senos exuberantes y ojos enormes, llamados ojos de piscina, de gran importancia para el dramatismo. Son estos la parte de la fisionomía en que más se detienen los dibujantes.

—El japonés no manifiesta sus emociones, no es bien visto a nivel social que lo haga. Ellos dicen que cada persona carga con sus problemas, por tanto, no

suelen aligerarse con el prójimo. Esto condiciona el alto grado de expresividad que no se halla en otras producciones, acaso comparable con obras del teatro kabuki —dice Yudith.

Los tabúes encuentran en el hentai recelos a la hora de consumirlo. Las escenas se enriquecen con personajes tan humanos como humanizados. Emplean los mismos recursos que el anime sin sexo explícito. Acercarse a él o no, naturalmente depende de las preferencias de cada cual. El hentai, entre lo más extremo y agresivo de la animación erótica, con situaciones más escatológicas y trasgresoras, es el que más se consume en Cuba.

Con todo, —amplía Yudith— también su narrativa reúne componentes filosóficos del Budismo Zen y el Shintoísmo, su religión nativa, y otras de origen chino como el Confusionismo y el Taoísmo. Y de la cultura tradicional erótica japonesa, que se mantuvo descontaminada de las ideas judeocristianas sobre la sexualidad.

No obstante, nadie puede saber cuántas erecciones provoca en nuestro occidental archipiélago un capítulo de hentai. Ni, finalmente, qué consecuencias reales se derivan de lo que cada uno de nosotros consume a diario.

Alicia se llamaba Dianelis Viamontes. O Dianelis Viamontes se llamaba Alicia.

El proyecto que ella integra en La Habana surgió porque no había en Cuba ninguno de cosplay amplio, con hondura, dice. Por aquellos días su directora, Patricia Machín, decidió fundar un grupo que suscitara las actividades de este tipo. De ahí en más, logró aglutinar cosplayers a lo largo del país.

Dianelis admite no haber leído mucho de cómics, que no llegan a Cuba tan numerosas como las series audiovisuales, pero conocía sobre el cosplay, solo que no se integraba por no haberse topado con nada que le ofreciera firmeza en su rumbo. Cuando sabe del grupo encabezado por Machín, que se funda en 2012, comienza a seguirlos. Fue ahí que se prometió a sí misma ser parte de ellos.

Había descubierto a Patricia en una gran actividad que preparó ANK. Quiero participar con ustedes, le espetó Dianelis. Patricia le respondió con amabilidad que debía empezar por confeccionar supropio vestuario y que, tras hacerlo, en adelante sería fácil relacionarse.

Lo primero para integrar Habana Cosplay es comprometerse de veras, echar una mano en las actividades colectivas. Si el grupo necesitara trasladarse a un lugar, estar ahí con ellos y para ellos, mostrar y demostrar interés.

A la mayoría de los grupos de nuestra índole los une su afición al anime, dice Dianelis con manchas en los párpados por el maquillaje obliterado aprisa. El pelo real es castaño. El puente de la nariz, fino. Dice que el anime es la motivación inicial, lo demás, el alma de los proyectos, se asienta sola.

La primera vez que participó en serio fue durante una semana de la cultura japonesa en 2013. La solidez de la propuesta presentada por el grupo a la embajada nipona, fue aceptada sin cortapisas. Del mismo modo sucedería luego con la Casa de Asia: hubo un desfile de envergadura semejante al de Obrapía.

Los extranjeros se impresionan porque no imaginan que aquí se hagan eventos como estos, con niveles de calidad, dice. El proyecto antes no trazaba los horizontes actuales. Ha ido mejorando junto al cosplay a escala nacional. La chica que había sido Alicia, explica que, en Camagüey, por ejemplo, hay muy buenos grupos. Y que el cosplay trasciende el disfraz; quien crea el personaje, lo viste, lo interpreta, y acaba vinculándose estrechamente con él.

El de Dianelis —miren el ¿criollismo? ¿cubanismo? de su nombre— en la Casa de la Obrapía fue Mirana, la Reina Blanca, aquella que representó Anne Hathaway en la película *Alice in Wonderland*, de Tim Burton. Por lo que nunca estuve siguiendo a ninguna Alicia en las plazas de la Habana Vieja. Y, chistosamente, el tiempo entero creí por añadidura que podía tratarse de una Alicia de anime.

En verdad, Dianelis que se llamaba Alicia, se llamaba Mirana, pero ignoro con cuál de ellas tres estuve hablando.

LOS MISMOS CIGARROS QUE YO

I. Primer galimatías: Major Lazer y Dj Diplo en la Tribuna Antimperialista

A la zaga, como una especie de cascarrabias, los observo saltar, porque al comienzo hacen poco más que saltar. Saltan sobre la punta de los pies. Saltan por sobre las espaldas de los otros. Saltan por bailar. Bailan por saltar.

Son una nube de jóvenes en la Tribuna Antiimperialista de La Habana, una danza de cañaverales que rocían la sal y el agua enferma del Malecón, una extensa anatomía ondeando por impulsos eléctricos.

Después de las cuatro de la tarde, un domingo, la avenida Línea casi está saturada de gente. Quienes intentan llegar a la Tribuna desde arterias inferiores —por medio de las calles 3ra o 5ta— encuentran los caminos cerrados con barreras metálicas y cordones policiales.

Más de cuatrocientos mil individuos a los que organizar y controlar, según informaran los medios oficialistas. Unas cifras comparables con las que alcanzara el concierto de Audioslave, poco antes de que la banda se desintegrara y mucho antes de que Cornell se quitara la vida. Antes, también, de esta época febril de selfies en que Major Lazer y Dj Diplo aterrizan en La Habana para enfrentar las dificultades de audio de la Tribuna, cuando las bocinas bajan y suben los niveles, quién sabe si por accidente o deterioro.

Bajo los efectos del canadiense Justin Bieber cantando Sorry, las hembras, con las ancas semi(des)cubiertas por los breves shorts de denim, embisten feroz, rítmicamente a los varones. Otros babean con el espectáculo.

El martes 15 de marzo de 2016 en el programa televisivo Con Dos que se quieren 2, el entrevistador Amaury Pérez Vidal confiesa al escritor Guillermo Rodríguez Rivera sus desvelos por el actual entornde inoculación extranjera, ese peligro latente de sofocar la enjundia de lo que se traduce por cubano. Con esta

inquietud ya revelada, Amaury pregunta a su invitado por su opinión al respecto. La pregunta, como muchas del trovador, viene siendo undesatino, porque, bien mirado, ningún sentimiento de nacionalidad o patriotismo tiene por qué verse comprometido, digamos, por la música que se escucha. Guillermo Rodríguez Rivera, quien publicara en coautoría con Luis Rogelio Noguera (Wichy) la novela El cuarto círculo, le responde a Amaury Pérez —con otras palabras— que pierda cuidado, que hace un par de siglos vivíamos dominados realmente por extranjeros y eso no hizo mermar nuestros gustos más intrínsecos.

Con Major Lazer y DJ Diplo, un número visible de jovencitas cae desfallecido. Y no exactamente de emoción. Es tal la afluencia de público que cuesta respirar. A las que no lo soportan, las llevan en volandas a la ambulancia más cercana, las cargan desplomadas con una mezcla de susto y cólera. Esas muchachas, sin proponérselo, arruinaron por lo menos una parte del concierto a sus amigos, pero no es culpa de nadie, es el destino, un cleptómano empedernido y a veces un comediante de quinta. A medida que se alejan, sienten cómo el timbre fino de Bieber se apaga, cantándoles en la distancia progresiva, al oído, con la puesta del sol y sus arreboles: sorry, sorr, so.

Tal como sucedió la noche de Audioslave, hay gente temeraria y con poco juicio que trepa las palmas metálicas de la Tribuna, obligando a un grupo de efectivos policiales a seguirlos. La mayor vigilancia ha estado en función de controlar las botellas de vidrio o armas blancas: desde horas más tempranas, a medio camino entre un bordillo de la Tribuna y el escenario, un pequeño cordón cachea los bolsos de aquellos que se abren paso hacia el centro de la muchedumbre, naturalmente más activo y generador de una sensación química.

Midiéndola altura a simple vista, cualquiera percibe el peligro que entraña el ascensor por las palmas metálicas, que ya con la experiencia de Audioslave había sido igual objeto de desafío a la autoridad y a la existencia misma. Ahora en lo alto menean las caderas como a mansalva, hasta que un oficial, solo, los persigue, estira un tanto —lo que puede— el brazo y agarra con cuidado alguna pantorrilla y los hace descender a todos —son cuatro o cinco larguiruchos— a voz en cuello.

De modo que una parte del público que me rodea, la cual ha venido disfrutando de un espectáculo gratuito dentro de otro espectáculo gratuito, ve a los muchachos regresar al suelo y pronto estallan en aplausos y rechiflas para los villanos/héroes y el héroe/villano. Es una tarde un poco hecha al gusto de los nervudos, también con una pizca de emancipación.

No es esta, habrán de suponerlo, una tarde en que se mantengan las formas, sino un rato de trastorno. Entonces, luego de que los trepadores robaran su pedazo de protagonismo y devolvieran finalmente sus pies a la tierra, el público que me rodea grita a coro:

—¡Que baile el policía! ¡Que baile el policía! ¡Baila, policía!

El policía no lleva por fuera nada muy digno de señalar. Más bien es el policía típico. A saber, mide un metro setenta, algo fornido, insociable de cara. Con los grados de teniente mira a esa especie de cañaveral parlante que lo desafía. Así, la gravedad del rostro va alisándose como si se plancharan las arrugas de su uniforme, y el policía se lleva la mano derecha al cinturón como una Betty Boop, solo que es la clase impensada de Betty Boop que vacilaría entre el enfado militar por desacato y la zalamería de costumbre. El policía tuerce los labios con picardía.

—¡Qué baile el policía! ¡Qué baile el policía! ¡Baila policía!

Y saltan sobre la punta de los pies. Saltan por sobre las espaldas de los otros. Saltan por bailar y bailan por saltar.

II. Fábula de noche de viernes: Los Rolling Stones conquistan La Habana

En las zonas próximas a la Ciudad Deportiva, a las tres de la tarde los teléfonos celulares pierden la cobertura. Los más baratos, los más caros, esta marca y la otra. Para todos por igual sucumbe la red. Remarco insistentemente los números de algunos amigos y el móvil apenas me devuelve unos lamentos extraños, un quejido flojo que se entrecorta, o la voz menopáusica de la máquina que repite “el número al que usted llama está apagado...”. Me paso un poco los dedos por la cabeza, como un peine defectuoso que busca estimular algún nervio determinante; observo a las personas que caminan mecánicamente por la Avenida Independencia.

Qué excusa tendrían para ignorar o perderse un concierto gratis de los Rolling Stones, pienso. Cuál sería la más convincente. ¿La limpieza de la casa? ¿El cuidado de los niños? ¿El sábado laborable? ¿La telenovela brasileña de turno, Imperio?

Yo que sí voy, ruedo despacio los pies, buscando los ángulos de sombras que proyectan algunas vallas con anuncios políticos, o deteniéndome unos segundos bajo las sombras horadadas de los árboles. Todo lo que cargo en mi estómago es un pan con mantequilla y un plato de espaguetis, pero no siento hambre. O no un hambre terrible con la que no pueda tratar.

Es 25 de marzo. Viernes Santo. Esta tarde las guaguas descargan los bultos de personas con aires de hippies manirroto o más heavy metal, camisetas de Kiss y melenas batiendo que se dirigen a la Ciudad Deportiva como se hubieran visto en las marchas del “pueblo combatiente”. Y, de cierta manera, algunos de los verdaderos roqueros más experimentados han librado sus combates contra la incomprensión del gobierno y de la sociedad influenciada por la incomprensión del gobierno, la cual no ha admitido del todo una música que debía ser, en su interior, desde su génesis misma, una reacción hacia el sistema dominante. Una respuesta a veces apoyada por alucinógenos, inspirada por quebraduras sociales e históricas. De cierta manera, cuando los seguidores de Charles Mason asesinaron a la familia La Bianca habían reinterpretado Helter Skelter de The Beatles, o eso quisieron tomar de concepto.

Grande, circular, pero poco cristalina, una fuente antes de doblar a la Avenida Boyeros está ocupada por una muchedumbre. Un borde completo a la entrada del campo donde tocarán Sus Satánicas Majestades está ocupado por la gente. Una zona inmensamente espiritual ocupada por la gente. Cubanos en su mayoría. Aquí nadie cree que vayan a acuchillar a nadie.

Dicen que gracias a que hubo un 17 de diciembre de 2014 y una visita de Obama y un restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, hubo un concierto de los británicos Rolling Stones en La Habana. Sea así o no, las cuadrillas de turistas que parecen haber comprado pasajes a destajo hacia la capital de Cuba a la espera de los Stones, se dice que reservan ya una habitación, ya una alcantarilla en el barrio de San Isidro.

Con menos recursos, la gente de otras provincias se traslada a la ciudad, pernactan en cualquier lugar por muy inmundo que resulte y aguardan por la banda del disco Voodoo Lounge.

Temprano, se agotan el agua y las bebidas en venta.

Los roqueros más legítimos, más pura raza, marchan delante. Exprimen las botellas de ron hasta que de ellas cae una gota amarillenta como una última palabra, un susurro de oro falso. Quieren la embriaguez, la brújula descompuesta, morirse viviendo, y para ello no necesitan más afectos que el beso ponzoñoso de un ron de sesenta pesos cubanos, una redoma con saliva de dragón viejo.

Otra vez los policías revisan las pertenencias antes del campo, hunden las manos en los bolsos, las deslizan de un lado a otro. Casi me busco problemas con un oficial, porque cuando hace el registro le digo que no debía preocuparse por mí, apenas un don nadie, y no me entiende. Ahora creo que creyó que me refería a él.

Pongámonos realistas, a cuántos cubanos nos fascinan los Rolling Stones. Cuántos saben la letra de Angie. Cuántos sienten su música pilotando hasta la esencia. Yo lo respondo: un grupito microscópico, unas celulitas aisladas en la nata de la Ciudad Deportiva. Cuántos otros llevan la onda roquera como una falsa rebeldía, como de intelectual difícil. A las siete de la tarde, el terreno ha sido invadido por miles y miles de cuerpos sentados en ruedas o estampas dispersas, armándose como una cabellera rala.

Diuber Machado mantiene la vista fija en un punto en que no se define nada que no sea lo que él mismo quiera definir. Es diseñador industrial, no le gustan los Stones ni ninguna otra música de este planeta. Pero va porque la agrupación emblemática, porque el suceso para la posteridad, algo más especial que el Halley. A su derecha, Oday Enríquez, filóloga, veinticinco años, que no sigue el género, sino que admira a los que hacen historia en cualquier área. Más atrás, José Carlos Suárez, quien escuchaba a la agrupación en el Preuniversitario de Ciencias Exactas, Vladimir Ilich Lenin, con sus amistades, algunas sentadas en uno de esos redondeles sobre el césped, entre ellas, José Ernesto, a quien no convence el modo de los Stones, pero le sacan una veta de optimismo al esperar que, con su autoridad internacional, el concierto de los británicos conduzca a otros músicos de renombre a tocar en Cuba.

Samanta tiene las piernas cruzadas, dieciocho de edad, y prefiere las agrupaciones de los ochenta. Soy ochentera, dice. Es muy blanca y sus ojos se tiñen con un extraño salvajismo adormecido. Ella, en verdad, desearía que fuera un concierto de Iron Maiden.

Después tuve que insistir para que Alejandra y Taily me hablaran. Ambas de 14 años, han ido hasta ahí —lo dicen sin miramientos— por pasar el rato. Dicen que los padres y los tíos les transmitieron el gusto por el rock, y cuando pregunto qué agrupaciones conocen se miran y responden “esta, la de los Rolling Stones”. Saben que mienten —no les sale una canción de ellos— y porque lo saben se ríen con más ganas que hace unos minutos.

Un año mayor, René, de ojos felinos, oye cualquier género que le pongan, y su amigo de igual edad, Víctor Manuel, sabe que los Stones cantan un tema que se llama Satisfaction.

Yusel Enrique, de trece, pelo rubio, frente amplia, mejillas pecosas, razona cada idea por largo rato, aunque no arme una oración de más de ocho palabras. Soy el tipo raro, quizá también inoportuno, que se planta de golpe y lo entrevista, pidiéndole permiso a su padre para hacerlo. Estaban conversando muy desenfadados antes de mi invasión, alrededor de sus mochilas. Yusel había venido a su primer concierto, traído por su papá. Al final consigo que me manifieste su puro deseo: que Metallica visite Cuba.

Hay una pareja de veintiséis, novios hace cuatro años. Ella se llama Lisandra. Él, Adrián. Tienen la misma estatura. La complexión semejante, tirando a robustos. Hubieran preferido que en la Ciudad Deportiva estuvieran Linkin Park o Maroon 5. Pero este concierto del día 25 de marzo, esperan poder contárselo a sus hijos. Y, por qué no, a sus nietos.

8 y 35 p.m. Ladies and Gentlemen, The Rolling Stones, dicen las bocinas. Las pantallas habían cesado de proyectar imágenes en que se entreveraban los integrantes del grupo y la emblemática lengua cambiando de forma, asaetada por garabatos rojos. La calidad del audio es inmejorable. Los equipos son cortesía de los Stones. La visualidad del escenario es un estampido cromático, espectáculo al más alto nivel. Difícilmente en Cuba se haya visto algo semejante.

Los Stones salen a tocar y el público revienta a gritos. Keith Richards y Mick Jagger están resplandecientes de brillo, en la ropa y el ánimo, sobre todo en el ánimo, contrastando con Charlie Watts que no por apellidarse Watts es eléctrico o brioso. Al contrario, Watts siempre fue un hombre de terracota que si se le comparaba con Jagger era todavía más imperturbable en el escenario.

Jagger con 72 años, desatornillado, sacude energicamente las piernas, los brazos, el tronco, se despliega. Ya no es el muchacho apuesto —quizás nunca lo fue— por el que lloraban las chicas del público. Hoy es un abuelo asombroso que envidian los abuelos comunes. Jagger dice en español Buenas noches Cuba, y desde un abismo del público le contestan Qué bolá asere. Ja, ja, ja. Dice qué calor y nos morimos de la risa. Dice Están en talla y nos morimos de la risa. Dice Están escapá'os y nos morimos de la risa. Dice que la música rock la prohibieron en la Isla y qué bueno que los tiempos están cambiando, y nos morimos de la risa.

Los Stones son una de las bandas más famosas de la historia roquera en el mundo, y para escucharla en Cuba, allá por los años sesenta o setenta, había que hacerlo a escondidas en una habitación aislada, en una pieza indetectable para los vecinos cederistas o el jefe de trabajo o el director de la escuela. Hoy, que vive sus postrimerías, la banda se traslada a La Habana y, por si no bastara, no cobran una peseta por las entradas. Pedir más es pedir demasiado.

Un drone captura tomas desde el cielo de la Ciudad Deportiva. Un grupo de esa generación que consumieraocultamente la música de Sus Satánicas Majestades se divierte lanzando chorros de agua hacia cualquier parte, nadie se molesta con ellos y quienes se molestan lo disimulan, o se tragan el enojo.

Para cerrar el concierto, Jagger, de acuerdo con la vieja costumbre, canta Satisfacción a una Habana que, durante esas horas, debió ser una de las ciudades más satisfechas de la Tierra.

*When I'm watchin' my TV
And that man comes on to tell me
How white my shirts can be
But he can't be a man 'cause he doesn't smoke
The same cigarettes as me*

Cuando miro mi televisor
Y ese hombre viene a decirme
Cuán blancas deberían ser mis camisas
Pero él no puede ser un hombre porque él no fuma
Los mismos cigarros que yo

HAY MÁS DE UN MISTERIO EN 68A

Año 2013. Ramón Espinosa de la agencia noticiosa Associated Press (AP) dispara la cámara. Kamila y Karla Rodríguez tienen nueve años. Una de espaldas a la otra, sobre idénticassillas, las piernas dobladas con igual ángulo, rozan con sus talones iguales los pies de madera. Una periodista de El Nuevo Herald también redacta su escueto artículo, que pondrá la incógnita a devanar fugazmente por varios países.

Está en las páginas que ahora, julio de 2016, Alexis, padre de Kamila y Karla, sostiene por sus filos. Son publicaciones que ha atesorado, —un tanto para sí mismo, otro tanto para los curiosos y los escépticos—este hombre que a cada instante se dirige a mí con el calificativo de “hermano”.

—Míralas, hermano, ellas son las de aquí, solo que más pequeñas.

Imagina trece parejas de jimaguas, —dice Alma Lidia, cincuenta años, la frente despejada como la pared alzada detrás, donde cuelgan sendas cortinas rosadas— la mayoría nacidas en el pasaje 68A, barrio de Buena Vista, municipio Playa. Una sola calle con grietas, roturas, árboles intercalados y dos filas encaradas de viviendas. En apenas media centena de casas, han nacido más de diez mellizos. Otros, más peregrinamente, han comparecido por medio de permutas para aumentar el número y las cábalas.

Tres casas consecutivas con jimaguas. La de Alma Lidia, pintada por fuera de rojo vino, y un par más. Algunos de los nacidos en las cuadras del pasaje que se han ido, han tenido hijos jimaguas ya estando incluso en círculos ajenos a la misteriosa atracción de 68A. Es como pisar una goma de mascar: si uno vive en 68A, 68A lo seguirá y le regalará mellizos dondequiera que vaya, y esa es la idea que parece querer divulgar Alma.

Desde hace 18 años ha persistido el nacimiento de jimaguas en la cuadra, dice. Frente a la suya, una casa verde con pequeñas gemelas monocigóticas, mellizas que son como un reflejo puntilloso una de la otra. Más alejado, un pasillo lateral donde hubo jimaguas que emigraron del país. Y dos hermanas que ahora viven en los Estados Unidos. Y otra vecina que se fue a España y en España alumbró mellizos. Un muchacho oriundo de 68A que contrajo matrimonio y, más tarde, fue padre de jimaguas.

—Así y todo, ¿cuándo despertó el interés de la prensa? —le pregunto.

—No puedo decir fecha exacta. Sé que comienza porque una vez, un hombre, tío de gemelas, en la parada de la guagua conversa con un tipo, a quien le dice “chico, mi cuadra está repleta de jimaguas”. Una muchacha de no sé qué canal de televisión oye y se les acerca. Y después ella nos entrevista —dice Alma.

Ya en los periodos más profusos de esta curiosidad, Alma llega a sentirse fastidiada. Dos españoles tocan su puerta a las cuatro de la mañana. A las cuatro de la mañana, invaden la sala y esperan que los mellizos Adrián y Arián, los hijos de Alma, despierten, se pongan el uniforme escolar y desayunen. Los españoles dicen que esta observación, esta minuciosidad, se debe a que hacen una indagación exhaustiva, pero nadie después sabrá de un resultado. Ni de los españoles que irrumpen en la madrugada, —lo cual es, visto desde fuera, una estricta grosería— ni de los que luego llegan a 68A, asiduamente, prometiendo futuras explicaciones.

“A pesar de que representan solo un pequeño porcentaje del total de nacimientos (menos de 3 %) los embarazos múltiples están en aumento. Según el Centro Nacional para la Estadística de la Salud (National Center for Health Statistics), en los Estados Unidos la tasa de nacimientos de mellizos ha ascendido en 59 % desde 1980 y actualmente constituye 3,1 por cada 1 000 nacidos vivos. La de trillizos y otros de más de dos bebés también ha aumentado sorprendentemente (423 %).

“Tales cifras evidencian que el embarazo múltiple está adquiriendo dimensiones epidémicas, esto se debe, en gran medida, a la utilización cada vez más frecuente de técnicas de reproducción asistida y al uso de inductores

de la ovulación en las pacientes que presentan infertilidad, expuestas a dichas técnicas”.

Los párrafos anteriores pertenecen aun artículo de la MsC. Irma Mercedes Tumbarell Villalón, la MsC. Leyti María Abraham Dusté y la MsC. Arelis Montes de Oca García, quienes analizan el caso clínico de una mujer con embarazo múltiple, obesa, hipertensa y con antecedente de riesgo obstétrico, que fuera paciente durante más de una semana del Hospital Materno de Palma Soriano hasta su traslado para el Ginecobstétrico “Mariana Grajales Coello” de Santiago de Cuba.

Una vecina no se explicaba cómo Alma podía criar mellizos a pesar de los inconvenientes que esto supone en materia de economía casera.

Es una vecina que después queda embarazada y trae más jimaguas a 68A.

Otra vecina dice “pobres mujeres, siento pena por ellas”.

Es otra vecina que se embaraza y trae más jimaguas a 68A.

Se llama Tamara Velázquez y sus hijas son Asley y Aslen, las más pequeñas gemelas del pasaje, de nueve años.

“Jamás me lo imaginé, nada de tratamientos de fertilidad, fue mi primera ‘barriga’ y a las cinco semanas de gestación me hicieron un ultrasonido y estaba embarazada de gemelos”, declara Tamara a la agencia AP.

Los hijos de Alma tienen trece de edad, son Adrián Cueto y Arián Cueto. Adrián practica karate, gana medallas y torneos provinciales, en la competición escolar Copa Sergio Rodríguez Alfonso in Memoriam, obtiene un reconocimiento al atleta más destacado, a su edad es un fervoroso amante del deporte. Arián patea en la sala una pelota y la hostiga, la esfera de goma choca contra los rincones y levanta un alboroto, a lo cual la madre reacciona con serenidad.

Un día, tiempo atrás, Alma colocó en el suelo a sus bebés y se percató de que gateaban diferente. Arián se esforzaba más por hacerlo como su hermano. En el hospital le descubrieron una parálisis cerebral.

Arián Cueto, más tímido, pero más robusto, un asomo de bigotes tenue pero más pronunciado que en su hermano, el arco de las cejas con una elevación benigna, los discos negros de sus ojos son bondadosos.

Adrián Cueto, extremidades largas, los hombros más caídos, el abdomen plano, el arco de las cejas poco visible, pero con una elevación aguda, un pico como el de un monte lejano, la mirada es erguida, casi desafiante, el corte de pelo más moderno, el cabello más prolijo arriba, casi en cero a los lados, parece un hombre que han volcado en un niño.

Siempre que hace falta, Adrián cuida de Arián.

Alma trabaja en un correo. Su esposo, Ramón Cueto, en la Terminal de Ómnibus. Con esto han podido mantenerse todos, a pesar de las matemáticas.

—No es lo mismo buscar cuarenta dólares para un par de zapatos que ochenta para tus niños, porque no sería justo regalar a uno y al otro no— dice Alma, quien añade que sus hijos son una bendición, porque ella no lograba salir embarazada hasta que, de súbito, los médicos no solo le anunciaron que lo estaba, sino que traía mellizos.

Y piensa que en el mundo entero no debe haber un lugar donde la casualidad haga tanto de las suyas como este de 68A.

La “capital mundial de los gemelos” es Cándido Godói, un municipio del estado brasileño de Rio Grande do Sul. Allí, en el poblado Linha de Sao Pedro, una de cada diez mujeres presenta un embarazo múltiple, más específicamente, de gemelos.

Las hipótesis viajan desde poderes especiales del agua hasta el hecho de que el doctor nazi Joseph Mengele realizara experimentos para potenciar el nacimiento de personas de raza aria en esa zona, mientras se refugiaba tras la caída del Tercer Reich. Cándido Godói está habitado, en su mayoría, por descendientes alemanes, rubios de ojos azules.

Lavinia Schüller-Faccini, una de las autoras de una investigación realizada por especialistas en genética de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, explica que la causa es hereditaria, puesto que se trata de villas fundadas por unas pocas familias, en las cuales hay una relación de consanguinidad de sus pobladores; además, el estudio reveló que gran parte de las madres presenta una variación del gen p53, que actúa como uno de los responsables de la fecundidad.

Por otro lado, la especialista cubana de I grado en Medicina General y Genética Clínica, Hilda Roblejo, explica al diario Granma que el fenómeno de los partos múltiples se ha estudiado, pero no hay conclusiones definitivas, ni se ha demostrado hasta el momento ningún elemento causal.

—Las casualidades no existen, esa palabra deberían borrarla del castellano— dice Alexis, mientras agita el ejemplar de El Nuevo Herald en el que sus hijas se encrespan con la vehemencia que recibe el papel.

De vez en cuando, Alexis mueve los brazos como para darle alguna fuerza extra o efecto a lo que narra, por ejemplo, que su esposa Zuleya, madre de gemelas monocigóticas, es oriunda del pasaje, al igual que Alma.

A Alexis lo había encontrado en pleno solaz con las piernas extendidas, pendiente del partido entre Alemania y Ucrania de la Eurocopa de fútbol. Pero rápidamente puso a un lado el control remoto para dedicarse a enumerar las coincidencias del pasaje, como la de los mellizos que emigran, o abandonan la casa que luego viene a ocupar otra pareja de mellizos, o la mudanza de un par de gemelas, hijas de un sirio.

Alexis insiste en que pasa algo con los nacidos y criados en 68A. Dice que un hombre oriundo del pasaje, al igual que su esposa (la de Alexis) y Alma, un ex vecino, se casó y se mudó a La Lisa con su mujer y, así, este hombre sería padre de jimaguas.

Para dar razones, se habla comúnmente de un vetusto árbol de sigaraya (*Trichilia havanensis*) plantado en el barrio, supuesto trasmisor de energías procreadoras. Zuleya —monocorde, unos decibeles más abajo que su esposo— no lo recuerda, pero la memoria sí le devuelve un almácigo que hubo plantado en el pasaje.

A un lado de la casa, una franja ancha de tierra, el patio con un toldo que recoge el brillo del día acanalándolo entre sus rayas sintéticas blancas y azules. Este patio tiene un árbol de güira (*Crescentia cujete*), sus frutos se desploman como si el calor los derritiera. Se dice que luego las mujeres van a recogerlos para guisar algunas pócimas de fertilidad.

Según Alexis —pelo castaño, barbas muy rasuradas o ausentes— hay una zona, un cuadrante de Buena Vista que incluye a 68A en que abundan los mellizos,

y una especie de magnetismo, tanto que cuando llaman un veterinario para que atienda a su mascota —un perro paticorto que sacude la cola remisamente—, el veterinario dice ser jimagua, tanto que cuando viene un trabajador de la campaña sanitaria contra el *Aedes aegypti* a fumigar, dice ser jimagua.

—Ya yo camino entre mellizos y me parece lo más natural.

Ramón Cueto, el padre de Adrián y Arián, entra en la casa de Alexis y Zuleya, anunciando que el pasaje ahora espera la llegada de los mellizos número catorce.

Los dígitos que mencionan los habitantes del pasaje son tan variables que confunden. ¿Doce, trece, catorce?

Ramón Cueto camina hasta el sofá más largo, su pelo es gris tupido, sus mejillas se aplastan hasta desembocar en un mentón afilado, de la nariz a la boca se despeñan unos surcos hondos. Ramón Cueto cree que es una energía recóndita que habita en 68A la responsable de tanto gemelo.

—¿Estás oyendo, hermano? ¿Estás oyendo? —dice Alexis llevándose el índice a la sien, delatando su comisura una dosis de regodeo.

—Si nos pagaran los extranjeros que han llegado preguntando por los jimaguas, fuéramos ricos. Ellos no dejan dinero, pero unos chinos o japoneses, no sé bien, en una de esas, compraron refrescos para las niñas— dice Zuleya.

—El grueso religioso de la zona es Yoruba, hermano. Puede haber pentecostales o católicos, son los menos.

La mitología yoruba tiene en su culto a los gemelos Ibeyi, que son dos orishas menores, hombre y mujer.

—¿Y el árbol, lo usan?

—Usan la güira más para tratarse el catarro que por cualquier otro motivo.

—¿Alguien ha venido con fines científicos serios?

—Hubo un tiempo en que una estadounidense se apareció con ideas de meterse a profundizar, hermano, pero explicó que por falta de recursos no podía continuar el estudio.

Alexis dobla su ejemplar de *El Nuevo Herald* y llama a las niñas Karla y Kamila Rodríguez. Unas adolescentes algo espigadas, cenceñas, con la ropa ajustada,

una con bordados y la otra no, espejuelos, una con el pelo suelto y la otra no, aparecen sonriendo. Pocas características son tan originales y diferenciadoras como una sonrisa. Siempre algo marca el modo de hacerlo, y puede ser una confluencia muy particular en que los labios, o las arrugas de la nariz, o los pómulos se transfiguran, o puede que no sea nada físico. De cualquier forma, creo ver que las gemelas sonríen distinto.

Karla y Kamila Rodríguez, sin embargo, tienen esos enlaces fraternales que alimentan lo místico. Una se enferma de la garganta y al día siguiente su hermana padece de lo mismo. Una tiene pesadillas y la hermana también se remueve en la cama como si la mordieran bichos.

—Investiguen, porque de aquí van a lograr un gran artículo, busquen una explicación racional a este lío —dice Alexis, volviendo a alzar el dedo índice, pero esta vez sosteniéndolo en el aire.

Clotilde Fe y Clotilde Esperanza no quieren fotos, de tan solo proponérselos encogen sus bocas en mutuo desacuerdo, luego dicen que están bastante viejas y poco vistosas como para aceptar de buen grado una cámara.

Son las gemelas con mayor edad del pasaje. Nacieron un tres de junio, 1948. Recuerdan que su madre, una mujer humilde, tuvo un segundo embarazo de mellizos, los cuales no pudo dar a luz por falta de condiciones económicas principalmente.

La nieta de una hermana suya se fue a EE.UU. en 1980, y allá tuvo hijos jimaguas. Sin embargo, Fe y Esperanza, que se acostumbraron a teñirse el cabello de colores diferentes para no ser confundidas, nunca presentaron embarazos múltiples.

—Nadie de los que se ha mudado a 68A sabe que es el famoso pasaje de los mellizos, se enteran ya estando aquí, con el tiempo— dicen ambas Clotilde.

—Es un espectáculo, cuando se unen todos los mellizos de la zona es algo de una belleza extraordinaria —dice Esperanza, con una picardía que asoma por momentos y vuelve a recogerse al interior como una anémona vivaracha, mientras sus manos descansan entrelazadas.

Una tarde, siendo niñas, un hombre del barrio pidió a los padres de Fe y Esperanza que las llevaran a su casa. Ellas después esperaron a que el hombre se tendiera en el suelo, boca abajo, con la espalda desnuda. Las hermanas debían recorrer con los piecitos descalzos aquel carril sudoroso por el que enfilaban las vértebras del hombre, esto debía mitigarle o, mejor, hacer desaparecer un dolor fuerte de la columna. Fe y Esperanza no pudieron ocultar su asombro cuando al cabo de unos días se les dijo que sus pasos habían curado el malestar del hombre.

—También nos vestían igualito y nos buscaban para las celebraciones y toques de santos—dice Fe.

La casa está en la esquina de la cuadra, en el portal una escalera rugosa sombrea algunas plantas. Aquí dejan sus tarjetas de presentación Milexy Duran Cruz productora (Producer) de Associated Press y William Raki de British Broadcasting Corporation (BBC) ambos con oficina en la Lonja del Comercio de La Habana Vieja; Luis Boulart, enfermero de Seasons Hospice & Palliative Care de Miami, Florida; y una japonesa a la que Fe registra en un cuaderno como Chie, al lado de un número telefónico.

Fe y Esperanza conservan los carnés de asociados que les exigían para disfrutar de la playa de Barlovento, fechados en 1951, eran tiempos en que una guagua las recogía y ellas tenían el fortuito mérito de ser las únicas gemelas de la cuadra.

—Éramos lindas, ¿no?

—Dos preciosidades

—Fuimos unas mulatas tremendas. Nietas orgullosas de un hombre negro y una mujer blanca.

Los científicos dicen que una variedad de factores incide en el nacimiento de mellizos, como son la raza, la edad de la madre y la dieta. África Occidental, de donde vinieron los antepasados de muchos afrocubanos, tiene tasas elevadas de mellizos, describe un artículo de AP.

A sus quince años, Esperanza y Fe pueden bailar hasta quedar sin aliento. Y de hecho a menudo lo hacen. Además, suelen mirarse, cada tanto, en el espejo. El maquillaje, la línea sobre los ojos escrupulosamente definida, el vestido cuidado

por igual. Esperanza no sabe si es Fe. Fe no sabe si es Esperanza. Se divierten, atraviesan una experiencia casi onírica.

—Íbamos a las fiestas de quinceañeras. A mi madre no le gustaba, y mi padre nos llevaba. Él era un carpintero ebanista con envidia de parrandero que sentía placer en ayudar a alguna gente muy despojada. A veces, trabajaba en Barlovento y conseguía unos pagos —dice Esperanza.

En Barlovento las gemelas pasaron uno de los sustos más memorables, porque una avioneta que daba vueltas por la zona, después sería parte de un ataque histórico a Ciudad Escolar Libertad, durante los sucesos de Playa Girón.

Esos días las hermanas se agarraban las manos con mucha fuerza.

Clotilde Fe Fernández, maestra jubilada hace una década. Clotilde Esperanza Fernández, estadística jubilada hace tres años. Hoy viven separadas, pero sin dejar de visitarse continuamente.

Treinta años en 68A. Se llama Mercedes Montero, de piel blanca. Proviene de una familia gemelar y asegura que en el pasaje hay una docena de jimaguas conviviendo.

Sus hijos nacen en 1991; Cuba atravesaba el Período Especial. Los quince años de Xavier Manuel y Lorena perduran en los retratos que sostiene una pared de verde canijo.

Él con traje blanco y un pulgar hundido en el bolsillo del pantalón, una pajarita negra ortodoxamente anudada, un brillante como un cuerpo celeste en el lóbulo izquierdo. También rodea con un brazo el talle de su hermana, quien luce gorra de marinero o el pelo recogido por debajo de un cintillo de florecitas blancas.

—Es bastante duro celebrar dos quinces de un tirón —califica Mercedes.

Mercedes, al igual que todos los padres de mellizos en 68A, ha guardado las publicaciones en que sus hijos han sido protagonistas, por ejemplo, el reportaje de Anett Rios de EFE para una edición de El Nuevo Herald de 2010, donde se lee lo siguiente:

“Según datos de la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), en los últimos cinco años la proporción de nacimientos de mellizos en Cuba oscila entre el 0,8 y 0,9 por ciento del total”.

“El año pasado 1.170 niños de un total de 130.036 nacimientos fueron mellizos y su localización fue muy aleatoria, de acuerdo con Enrique González, especialista de la ONE”.

—¿A qué crees que se deba el alto número de jimaguas en 68A?

—Nada más que una serie de coincidencias. Yo no creo en plantas ni en nada, sino en lo que demuestre la ciencia.

Pero por un lado el furor de los medios extranjeros ya se ha aplacado y, por otro, la ciencia sigue sin explicar lo que sucede en el pasaje.

No se ha hecho en Cuba ninguna investigación de 68A, al menos ninguna se ha hecho notar. El edificio del Ministerio de Salud Pública, en las calles 23 y N del Vedado, adonde me dirijo un viernes, es un monumento a la circunspección. Una estructura de muchos niveles, revestida con un traje sibilino de vidrios oscuros.

Un custodio sexagenario a la entrada repite insistentemente “aquí no se sabe nada de jimaguas, busque en otro lugar”, hasta que me deja probar con las recepcionistas en el vestíbulo. Una esquina, con varias mujeres que responden teléfonos de colores y sus voces producen un balbuceo cavernoso. Las recepcionistas me envían al departamento de estadísticas, que no pertenecía al edificio, sino que parecía un recorte exterior de este, una cuña ínfima de pastel, al lado de un quiosco Di Tu, la escuálida red nacional que vende pollo frito y algunos productos menores. Dentro hay otra recepcionista —pelo de corte garzón, aguileña— que me informa que llegué tal vez demasiado ajustado, ya que estaban a punto de cerrar por horario de almuerzo. Después la recepcionista de mala gana marca los dígitos de una extensión y avisa que un “estudiante de periodismo” había venido por preguntas de natalidad. Escribo mi nombre y número de carné en la lista de los visitantes y me introduzco en un corredor.

La mujer que cuida de las estadísticas, vista desde la puerta, es medianamente joven, medianamente arreglada, medianamente bonita. Intercambiamos algunas palabras de preámbulo hasta que para ponerme coto se dedica a explicarme paso por paso cómo obtener solamente las cifras de los gemelos nacidos en el último lustro, que el sitio web de la Oficina Nacional de Estadísticas e Información no refleja en sus anuarios: debo presentarme con una carta del medio al que

respondo, firmada y acuñada, argumentando el porqué del interés por la cuestión; el documento ha de llegar a las manos de la Doctora Sonia Bess, directora de registros médicos y estadísticas de salud. Pero ninguna institución iba a ceder datos a una publicación independiente nacional, que ni cuños tiene. Gracias, digo, mientras la mujer me da la espalda para reacomodar sus carpetas, también revuelve el polvo.

Era un sábado. Mes borroso en la memoria de Alexis Rodríguez. Unos amigos suyos, Julio y Alejandra, los visitan. Su relación amorosa es de cinco años. Aunque lo deseaba con muchas ganas, Alejandra nunca había logrado un embarazo. Estaría muy agradecida —decía ella— si, en caso de que la fortuna la complaciera, su primera gestación fuera de mellizos. Estaban tomando cervezas en casa de Alexis, en 68A, cuando la mujer de repente empezó a sentir una especie de vértigo. Enseguida la trasladaron al médico y allí los análisis le detectaron, ni más ni menos, un embarazo. Tristemente, lo perdería.

Alejandra traía mellizos en el vientre.

UNA FAMILIA SE VA A AHOGAR

Todavía las líneas telefónicas no han colapsado y permiten una llamada de urgencia al 105. La llamada comunica a los bomberos que el mar ha inundado una casa. La familia que la habita, batallando entre paredes y la inminencia que se cierra cada vez más sobre ellos, está dando gritos de puro miedo a morir.

Dirección, pregunta el oficial de guardia. Calle E entre tercera y quinta, Veda-do, le contesta la voz nerviosa.

Seguramente el oficial de guardia estaría habituado a este tipo de voces, este tipo de llamadas, una detrás de otra. Al oficial, llegado a un punto de acumulación, todas le parecerán provenir del mismo sitio, misma gente, todas moduladas igual.

Primero, la gente que cree que va a morir actúa por instinto, lo cual los homogeneiza al cabo. También está la gente que cree que va a morir por cualquier simpleza y, luego, la gente que a pesar de que la ciudad esté atravesando constantes emergencias no duda en gastar una broma a los oficiales de guardia. Y, claro, también está la gente que de verdad va a morir si no acuden a salvarlos. Nadie sabrá por cuál de estas opciones se decantó el oficial, o si los efectivos de rescate no alcanzaban a fraccionar los recursos en ese momento, o les daban prioridad a otros casos. Haya o no una explicación, los bomberos nunca vendrían a socorrer a la familia.

Cuando la familia se ve en peligro, es la tarde del domingo 10 de septiembre, 2018. Antes de que se cortara la electricidad, los pronósticos avisaban que el huracán Irma haría una recursa en la madrugada, abandonando el territorio cubano por la provincia de Matanzas.

Decirlo así es un poco dotar al huracán de cualidades que no tiene, como si volviéramos al animismo precolombino. Un huracán no se gobierna por sí solo,

explicaría el Doctor José Rubiera en televisión, comparando las navegaciones del fenómeno con las de un corcho a la deriva. Es decir, como un corcho que muda su curso por la acción de agentes externos: el trayecto de un huracán se replantea según las condiciones meteorológicas que lo rodean.

Un corcho tampoco es una fuerza catastrófica.

Esta salida de Irma afectaba el litoral de La Habana, con un desbordamiento marítimo serio. La situación es —sobra afirmarlo—sumamente complicada. De un lado, una familia atrapada en el interior de su vivienda, clamando auxilio. Son dos mujeres, un hombre y una perra moteada sin pedigrí. Un segundo factor que se vuelve, mejor, una ausencia, compuesto por el salvamento que no llega. El tercero es el de los vecinos, que oyen los gritos mientras se resguardan en sus casas. Todo entonces se conjuga. Sin embargo, siendo justos, el tercero viene a resultar el elemento concluyente.

En lo que la familia pega gritos, ya con el agua salada a la altura del pecho, Beatriz tiene cuidado de no dejar caer a la perra. El ovillo, la madeja temblorosa de pelo blanco y pardo que busca refugio entre los brazos de su dueña, que escarba como un topo inquieto entre los senos, es la niña del hogar, dirá Victoria, la menor de las mujeres, hija de Beatriz. La sensación de ahogarse tiene que ver mucho con el encierro, de modo que el efecto psicológico aumenta la medida del desastre. La familia siente que golpean la puerta desde fuera. Lo más que pueden hacer en tales condiciones es alentar a sus vecinos para que sigan, que no las abandonen. Pum, pum, pum, pum. Un impacto seco y de inmediato una corriente de mar y lluvia que arrastra a la familia hacia la cocina. El agua acumulada en el exterior, puja en busca de su canal. Victoria es quien logra salir primero, nadando, como nunca imaginó que saldría un día de su casa.

Además de su huella fúnebre (oficialmente, diez cubanos fallecieron), el asolamiento de Irma motivó estas historias, los testimonios de los que casi mueren.

El domingo 10 de septiembre hubo rachas que registraron cerca de 125 km/h en el Instituto de Meteorología en Casablanca, La Habana. Los vientos sostenidos del anillo de tormenta tropical, que fue el que impactó la capital, fluctuaron entre 70 y 80 km/h.

Este huracán, con 315 kilómetros de anchura, levantó también olas furiosas en la costa norte occidental, de unos nueve metros en La Habana. Las inundaciones marítimas, dice el meteorólogo Carlos Manuel González, no tienen precedentes históricos.

Podrían compararse con experiencias como la de la llamada Tormenta del Siglo, de 1993, o el huracán Wilma, ambos fenómenos superados por las crecidas de Irma, a excepción del reparto Camilo Cienfuegos en Habana del Este, donde el agua apenas rebasó la línea divisoria entre el arrecife y las calles.

Irma es el único huracán categoría cinco de la escala Saffir-Simpson que ha tocado la Isla grande del archipiélago cubano, y el más intenso en aguas abiertas del Atlántico sin considerar Golfo de México y Mar Caribe. Mantuvo una velocidad de vientos de 295 km/h durante más de tres días, rompiendo el récord de sostenimiento del supertifón Haiyan, el cual dejó miles de cadáveres en Filipinas.

La marmita, negra y verrugosa, humea en medio de la calle. El espectro de vapor despide un olor de vianda y carnes indefinibles. La mujer que remueve con el cucharón no agarra el asa con sutileza, sino que parece aplicarle el poderío completo de su muñeca, como apurando la espesura. Cuando finalmente adopta la forma de una caldosa, los vecinos que han aportado los ingredientes, se sirven. Con la caldosa que les vende el Estado cerca de ahí, no muestran la misma confianza.

Después de que Irma se alejara, las redes de gastronomía ensamblaron varios quioscos desde la calle Línea hasta Malecón. Lidia sospecha que la caldosa de los quioscos está elaborada con cárnicos descompuestos, lo cual respondería a la falta de refrigeración. Tras más de 72 horas sin fluido eléctrico, en el Vedado, E entre 3ra y 5ta, Lidia espera que sus recipientes se llenen con el delgado hilo de agua que sale de la llave. Son dos garrafones de cinco litros.

Es miércoles 13. Lidia esta mañana ha pasado por los quioscos. Abundan — dice — las galletas de soda a 50 pesos cubanos y el pan con mortadela. Bajo los efectos nocivos del calor a más de 30 grados Celsius y la humedad ambiental, la sanidad de los productos es claramente frágil. Lidia y su familia los evitan.

Los depósitos de agua potable fueron contaminados por la irrupción del mar, de modo que deben esperar a que los desinfecten y restablezcan el abastecimiento.

Dentro de este cuadro de fatalidades, el pasillo de calle tercera es afortunado, el agua viaja a través de una línea directa y no se almacena antes de redistribuirse. Para erradicarle los parásitos y beberla, la hierven o le vierten unas gotas de hipoclorito de sodio.

En la calle, la carne fermentada de las casas son sus mobiliarios muertos, de los que emana el olor de la madera, el vinilo, el hierro olvidado, ascendiendo y revoloteando en un vaho denso. Quitar los muebles de una casa es como descarnarla, queda un agujero de significados. Debajo de la insensibilidad de los muebles, el arraigo es poderoso y no se supera de pronto. Y lo que ahora se aprecia, más que un cementerio de patas en crucetas, es un basurero sentimental.

Daysi muestra la marca de agua, el autógrafo de Irma en una pared. La raya todavía visible, aunque sigilosa, está sobre los 170 centímetros de altura.

—A esa casa de ahí, la tapó el mar hasta el techo—dice.

La casa es la de Lidia. El sábado el noticiero de televisión insistía en que La Habana entraba en fase de alarma ciclónica. Lidia subió lo que pudo de sus pertenencias a la habitación de un vecino, en un segundo nivel, y corrió a priorizar los electrodomésticos, quizás lo más difícil de reponer en caso de pérdidas. El vecino había brindado el lugar desde temprano, pero se trata del espacio de un apartamento y es obvio que tiene limitaciones. Sin embargo, reunió adentro las posesiones de cinco viviendas distintas. Hubo cosas que no se salvaron, que debieron dejarse a la voluntad de las inundaciones, y que naturalmente acabarían sumergidas. Desde el patio, Lidia observa un desfile atribulado que saca a la calle los restos, los televisores, las lavadoras, las neveras y los colchones, estos últimos recogidos por personas más carentes que vieron su oportunidad de armarse una cama con el desperdicio.

—Se informó bastante, por esa parte no nos podemos quejar. La gente que perdió mucho, perdió mucho porque no se preparó con tiempo. O porque no esperó que la magnitud fuera la que fue—dice Lidia.

Cada vivienda cocina según sus posibilidades. Con carbón por lo general. Hace poco se hizo otra caldosa colectiva para los vecinos del pasillo.

En cambio, no ha habido manera de remediar labasura que se acumula y sirve de cultivo a las epidemias. La respuesta estatal ante las quejas es que hay falta

de medios de transporte. A las insistencias les responden con más insistencias que mañana, y mañana le responden que mañana...

Se han tardado demasiado, agrega uno de los vecinos. Otras veces habían venido los camiones y los propios afectados ayudaban a los trabajadores a recoger la basura. Otras veces habían venido carros con refresco, pan, jugo, agua, pero ahora nada.

—Hoy salí a buscar comida y lo único que encontré fueron galletas de soda, es como si hubiera habido una guerra —dice una visita que conversa en uno de los apartamentos.

—Me atrevo a decir que con otros ciclones las afectaciones han sido más graves, la cantidad de postes de electricidad caídos ha sido mayor—añade el vecino, un hombre grueso, moreno, sentado como un buda tostado sobre un ladrillo de cemento crudo.

Ha sido una especie de padrino. Cuando Irma arreciaba, cobijó a seis de sus vecinos en su casa del segundo piso. Ahí los recursos se fueron agotando y muy pronto se vio obligado a salir en la moto a comprar pan. Algunas panaderías, con el soporte de los grupos electrógenos, no habían cerrado.

—No todos tenemos dinero para comprar al precio de las tiendas —aclara otro de los vecinos, que se había mantenido al margen de las conversaciones.

—¿Pudieron dormir esa madrugada del domingo?

—El aire silbaba. Silbaba como un monstruo. Contra la ventana era un ruido insoportable.

Con el calor del encierro hermético y por demás el miedo a ser sorprendidos por la inclemencia del Irma se mantuvieron en vela.

—Esto nunca había pasado, que el Estado se despreocupara tanto por lo que ocurre —comenta el vecino con ánimos de padrino.

—Papito, Fidel Castro ya no está, ya no está —dice una señora que vive aquí hace 34 años.

Las apariciones públicas del presidente Raúl Castro llegan a ser, entretanto, fugaces.

Anaxímenes de Mileto tuvo al aire como principio, una materia determinada a la que le atribuyó los caracteres de la infinidad y el movimiento incesante. El mundo

es un animal gigante que respira, especuló. Del aire nacen todas las cosas que son, que fueron y que serán, debió haber explicado, y a la sazón describir dos procesos: la rarefacción y la condensación.

Rarefacciéndose, arriesgaba el filósofo, el aire se convierte, pues, en fuego. Condesándose, origina el viento y las nubes. A más condensación produce agua, tierra y piedra. Otro filósofo griego, del siglo V antes de Cristo, Diógenes de Apolonia, dijo que el aire creaba la vida, el movimiento y el pensamiento, y que por esto es increado, iluminado, inteligente, ordenador y dominador de todo.

Una anécdota tal vez espuria, ofrecida por Platón, sugiere a un Tales de Mileto que, demasiado absorto en sus observaciones del cielo, no advirtió que se encaminaba al brocal de un pozo y cayó al fondo del mismo, provocando la risotada de una sirvienta tracia.

Precisamente fue en el agua que Tales encontró un elemento primordial, acompañado de una fuerza activa, vivificadora y transformadora.

La señora que tengo delante no excede los 170 centímetros. Significa que la altura que tomara el mar aquel domingo la hubiera sumergido completa, pero gracias al ofrecimiento del vecino no se expuso a ello.

Afectada por un dolor en la espalda, posiblemente por cargar bultos, la señora cree que quizás ha perdido las batidoras, quizás el refrigerador, quizás los equipos subidos a la meseta de la cocina adonde nunca, antes de Irma, había alcanzado el agua. Son muchos “quizás” agoreros. De lo que sí está convencida es de haber perdido el vídeo, un aparato ya obsoleto, formato VHS. En cuanto al DVD, alberga esperanzas, y piensa llevarlo a un mecánico y que él dictamine o, mejor, que lo salve. De eso se trata, de salvación.

Un largo cable le funge como tendedero. Ahí cuelgan todas las prendas de la señora, puestas a secar al sol oblicuo para que después no apesten.

Ella duerme en un catre, en la sala, con sus bienes rescatados. La puerta exterior no le cierra. Las de la meseta, atoradas por la crecida, tuvo que abrirlas nuevamente a martillazos.

Al mediodía del miércoles, empieza a llover.

La señora se agarra la cabeza con las manos, como cuidando que no se le desprendan.

A toda máquina baja la ropa del tendedero. La ayudamos a apilarla, sin ningún orden —ella quiso que así lo hiciéramos— la tiramos en las primeras butacas con que nos tropezamos.

—No se me acaba de secar nada, por Dios, Cristo —se lamenta.

Otra mujer pasa a nuestro lado, más o menos canturrea algo de cortarse las venas.

—Cortarse las venas no, yo subiría al quinto piso de un edificio y me lanzaría, no aguanto más tiempo en esto.

La señora vive sola. Su hijo la visita, pero tiene que atender sus problemas personales. La señora dice que no come nada, que su apetito se limita a tomar un caldo que otro vecino preocupado le envía cada tanto, y solo lo hace por consideración a ese gesto.

El flashazo de una cámara nos interrumpe, alguien abruptamente nos toma fotos. Es la presidenta del Comité de Defensa de la Revolución, con quien unas horas antes habíamos estado conversado sin lograr que nos relatara sus avatares. La reconocimos muy rápido, llevaba un inconfundible pañuelo rojo circunvalando el pelo. Decía cuidar celosamente del abastecimiento de agua, lo cual era como decir que velaba por la tranquilidad y la esencia de Todo.

ANIMÉMONOS, ES OTRO VERANO EN GUANABO

Rolando —El Rolo— quien fuera el primero en convencerme de que comer pan con frijoles si arreciaba el hambre no era tan repulsivo como yo pensaba, tenía muy clara una receta contra las llagas: luego de la jabonadura, un chorro de vinagre para enjuagar el cuerpo y dejarse secar con el viento en lugar de frotar con toallas.

Una vez en casa, corro a abrir el refrigerador. Vacío en mi interior medio litro de agua, por fin, potable. En el espejo reviso los daños: no porté ningún frasco de bloqueador solar y rechacé, por dárme las de valiente, el que me brindaran. De mi tabique cuelgan viejas pieles escamosas que también se han desprendido del hélix de la oreja como envolturas. Tiro de ellas, las despego igual que a vendas churrientas.

Dentro de 48 horas, además, padezco de retortijones y diarreas constantes. La verdad, no recuerdo haber salido incólume, nunca, de Guanabo.

Guanabo, la playa, está en la zona del Este de La Habana, después de una carretera donde se alinean filas de vallas. Las vallas en Cubano se hacen para invitar al consumo. En su mayoría, los mensajes que contienen son políticos, de la clase que remacha: “El Bloqueo estadounidense es el genocidio más largo de la historia”, dicho de todas las maneras posibles. Pero el diseño que comparten es tan penoso que difícilmente tengan efecto.

Uno de los errores acumulativos del socialismo y las instituciones cubanas ha sido desatender los vínculos con las audiencias, y soltarles, sin importar qué, cómo o cuándo, el gran vómito rojo hecho con premura, los hijos malformados del constructivismo soviético.

Las Playas del Este tampoco se anuncian en la avenida con imágenes sugestivas. El viaje puede hacerse por la ruta número 400 del transporte público. En verano una guagua 400, cuyo pasaje tiene un costo irrisorio de cuarenta centavos cubanos, suele cargar más de sesenta personas, cada una devorando el oxígeno del prójimo, empujando con los codos, aplastándose durante más de veinte kilómetros. En 2015 a la Unidad Empresarial de Base (UEB) de Transporte Urbano terminal Guanabo, se le otorgó por decimoquinta vez la condición de Colectivo Vanguardia Nacional. Desde el cierre del 2014 transportó entre 70 mil y 85 mil pasajeros en 582 viajes diarios.

Es tan agresivo el resultado del desplazamiento que la timorata Guía Turística de la Ciudad de La Habana en internet advierte que “El transporte público en moneda nacional no es recomendable por la congestión de personas en los ómnibus y las demoras que esto ocasiona”, antes de explicar que las Playas del Este “son todas playas de muy buena calidad, con arenas blancas, aguas verde-azules transparentes y arrecifes coralinos cercanos a la costa en el borde de la plataforma que se prestan para el snorkeling y el buceo” o que “tienen, además, buena infraestructura de alojamiento y gastronómica y una marina en Tarará donde se pueden practicar todo tipo de deportes náuticos”.

“Playas del Este son, sin dudas, una magnífica opción para quien quiera visitar la ciudad de La Habana y disfrutar también de algunos días de playa”, abunda la guía entre sus redundancias.

En resumen, se conoce que el plan más lúcido a la hora pico no es andar actuando de turista bohemio, sino irse a la Terminal de Trenes de La Habana, y ahí pagarle veinte pesos cubanos a un botero que haga la tirada.

Al comienzo escucho a un intermediario, y como lo escucho me fijo en él. Grosso modo, es de baja estatura, gordo, con un sortijón dorado en el anular derecho. Se trata de un gestor de pasajes al que se conoce popularmente como buquenque, que vocea, digamos, cuántos asientos quedan libres en el carro que va de salida.

Abordo un Willys del año 1955, azul índigo, con los asientos marrón y tres hombres abstraídos escuchando música con audífonos.

Después del Túnel de la Bahía, el chofer pisa a fondo el acelerador y en los baches del camino se nos pega el cráneo al hierro del techo, el chofer ya había realizado lo que se diría su buena acción de la jornada y no debíamos esperar un exceso de humanismo: Ha puesto en el reproductor Un-break my heart, de Diane Warren, interpretado por el cuarteto Il Divo. Sé que el carácter iniciático del viaje podía haber justificado una banda sonora mucho peor.

—Si me das tres semanas en Cayo Santa María al año, igual que a los dirigentes del país, me vuelvo comunista en un santiamén —dice El Rolo.

Yo recién llegaba en el Willys a la localidad sobre la cual Eured, la alternativa de la Isla al llamado enfoque hegemónico y primermundista de Wikipedia, escribe que en 1803 se le conoce por el nombre de Santa Ana de Guanabo, y que posee actualmente una superficie total de 32 kilómetros cuadrados y supera los 15 mil habitantes.

Por estas fechas el calentamiento de las tardes invita a la lana malhumorada de las tormentas estacionales, y atrae las descargas eléctricas que revientan como un chasquido luciferino.

El veintinueve de julio milagrosamente no llueve. A las siete de la tarde, después de que el taxi se marche, la calle 474 es una plancha que va perdiendo su causticidad y empieza a motearse de las parejas, familias y amistades que han preferido pasar el día a salvo de las quemaduras, y los cangrejos que se atreven a salir de sus cuevas cuando no hay moros en la costa. A veces se forman incrustaciones de arena al pie de los muros, donde algún niño juega a cavar túneles con sus dedos. Los grupos nacen de las viviendas en derredor o los hostales que alquilan a cubanos y extranjeros. El turismo internacional compra sombreros de paja y bolsas de panes para el refrigerio. El pellejo cuanto más caucásico resulta es lacerado de un modo más salvaje. Un rojo alarmante cubre las partes expuestas: el efecto de bronceado natural a lo Rambo se hace más falaz que de ordinario.

En general el viernes en Guanabo, previamente a la puesta del sol, acontece en tranquilidad según El Rolo. El Rolo se ha rasurado las piernas y las axilas para la ocasión, una semana en una casa en la playa donde corre agua salobre por los

caños, menos que bebiblé, cerca del hostal Las terrazas de Teresa, que es el único punto de referencia que me ha dado para no extraviarme. El Rolo es introvertido y huraño, medio misántropo diría, pero a finales de julio le brota un raro ánimo de cervecero afectuoso y ganas de aligerar, entonces acude al amparo de Guanabo, por una renta a precio razonable. Si esto no fuera así, El Rolo, que acostumbra ser impenetrable, no distaría mucho de un cangrejo que celebra el ocaso.

La hermana de Rolando se llama Amalia. Amalia tiene un andar vanidoso, acentuando su traslado con las caderas, los ijares se estrechan y le otorgan una sensualidad de mujercita, aunque solo frisa los trece de edad.

El Rolo la sigue con su ojo protector hasta que desaparece del portal de la casa en busca de la cocina, la adolescencia la ha equipado con un apetito de hámster, el viernes luego de la comida va por un pan, le unta la mayonesa del fondo de un tarro y vuelve a portearse con los abazones llenos.

—Tengo que andar vigilándola, por la noche se reúne con una amiga que tiene novio, en el parque Zapyá, y allí yo no sé qué trama.

—¿El parque Zapyá?

—Ya que por este mundo no hay Wi Fi, los muchachitos de aquí van al parque de la avenida y se conectan por Zapyá.

Zapyá es una de las aplicaciones gratis de Android para telefonía móvil más populares hoy en Cuba. La desconexión que sufre el país hizo que una generación que se nutre de las nuevas tecnologías echara mano del primer recurso a su alcance y lo explotara al máximo. En esencia, Zapyá se usa para compartir contenidos, aunque provee un chat.

A las diez de la noche he convencido a El Rolo de irnos con Amalia al parque. El Rolo lo aprueba sin chistar. El ojo protector puede seguir con sus labores en directo mientras hago mis notas. Todos ganamos, pero Amalia se opone principiando unos pucheros.

Ella no desea —cómo podría— la compañía de unos aguafiestas.

En Quinta Avenida entre 472 y 474, la animación de Guanabo no ha cesado en lo que El Rolo, Amalia y un montón de muchachos llama el parque Zapyá.

Es medianoche. Hay una mujer loca que pasa sosteniendo un teléfono, arrastra su cable por la tierra. La loca, que a la primera revisión parece un personaje que hubiera creado Dr. Seuss, imagina que habla con otra persona por el tubo del auricular. Oye, está igual, igual, le grita.

Al parque solo lo alumbran los conos de algunas bombillas, separadas por grandes áreas oscuras, en las que los pequeños cúmulos de jóvenes oliendo a lociones y a gel, tienen las caras rectangularmente iluminadas por las pantallas de sus celulares.

Las operaciones en el parque Zapy son las siguientes: Empotrarse en las aceras, parlotear durante horas, oír a todo volumen música desde Ay, mi Dios de Yandel, Pitbull y Chacal hasta el Born Villain de Marilyn Manson, ejecutar la aplicación del móvil, esperar que alguien con un *nickname* cualquiera —como puede ser Yomil y el Dany— cree un grupo, y unirse a ese grupo. Después revisar lo que tenga uno o varios de los usuarios y descargarlo para tu teléfono.

Encontramos compartida una guía de cortes de cabellos que incluye el Jhon Kerry; los jóvenes cubanos llaman Jhon Kerry a un corte que quita de los laterales a la cabeza y deja el pelo más abundante en la parte superior, peinado habitualmente hacia atrás. Encontramos muchos juegos, entre ellos, el Cheating Tom 2, con un protagonista que debe evitar que sus profesores lo detecten mientras comete fraude en los exámenes hasta conseguir graduarse. Encontramos las fotos de una niña completamente desnuda o con parte de su uniforme de escuela secundaria mostrando todo; en una de estas, introduciéndose unas bolas chinas en su vagina, aireándose sobre una tumbona en la playa. El Rolo con sus veintitrés de edad, la mira. Se inclina y la mira con sorna. Como en una lectura que le motiva topetazos internos.

Amalia viene y se sienta al lado suyo. El Rolo esconde el móvil. Ocurre un secreteo, más o menos breve, y el hermano mayor empieza a encenderse como si avivara un rescoldo. A negar con brusquedad, de un lado a otro.

Amalia ha ido a pedirle autorización porque un muchacho de diecinueve se ha conectado por el chat con ella, invitándola a quedarse ambos a solas en el parque. En unos diez minutos de alegatos El Rolo no ceja, agarra a Amalia por el brazo, caminan y se detienen antes de cruzar 474, esperando por mí, que me

tomaba un tiempo para otear al donjuán. Estira las piernas y fuma dando caladas con humos de gánster, la cara es larga y aguda, no lleva el corte de Jhon Kerry sino otro con moño alto, similar al de Gareth Bale, que debe llamarse, en efecto, Gareth Bale. Y no aparta, ni un segundo, la vista de su teléfono

Betty: Que quieres? dime donde estas q estoy pa to

Jaca: Yo estoy

Debajo del farol y tu?

Alex: Y la de la foto de verda q eres tu?

Betty: Si

Jaca: En q trabajas?

Betty: Gastronómica

Aquí en Guanabo.

(Reproducción de uno de los chats del parque Zapyá)

El sábado 30 el sol vuelve a hinchar sus llamas y la gente despliega sus ganas de playa, chorros incontenibles de familiares y amigos que zigzaguean en las calles, reprendiendo a los niños que se lanzan guijarros. Los cangrejos, conocedores por fuerza de lo que se avecina, ponen patas en polvorosa; el marmágnum examina, mientras, los pertrechos en los bolsos, van y vienen neveras portátiles atiborradas de cerveza, bikinis, trikinis y ostentación de nalgas. Nalgas arrogantes o deprimidas que apresuran su revoloteo y se balancean ante el toque de un claxon. Padres que le brindan tragos de alcohol a los niños.

En vacaciones Guanabo no es un esparcimiento más, es un pedazo de identidad que se nos queda pecho afuera, un pedazo de la nacionalidad, demostrando cuán simples, vulgares, desentendidos y felices podemos llegar a ser los cubanos. Demostrando cuán simples, vulgares, desentendidos y felices somos.

La invasión es trepidante. El área de poca profundidad donde prefiere conservar su lugar Amalia rebosa de gente y, entre ellas, adolescentes que guerrear en pandillas tirándose amasijos de arena, por lo que El Rolo le ordena a su hermana que retroceda y por su bien les vaya cediendo terreno.

A las diez de la mañana, por la ubicación en que se desvanece la 474, que en una de sus intersecciones presenta un charco hondo concentrando una espuma cetrina en la superficie, un hombre discute con una mujer y se lían a golpes. Un policía interviene expedito y reduce al hombre. So maricón, le dice la mujer luego, como victoriosa.

Otros hombres observan y otros hacen mofa. De ellos, unos cuantos que exhiben el Ireme tatuado en la espalda, el diablito que los identifica como ñañigos. La época de playa es también una ocasión para que un hombre exteriorice que pertenece a una sociedad secreta Abakuá.

Después de sentir que nadé bastante, solo trato de relajarme y flotar, pero tengo precipitadamente que evitar a una bicicleta acuática rentada por una familia completa, que pedaleaba sin contemplación hacia los bañistas. En la cubierta de la bicicleta, un mulato de carnes flojas se acuesta encima de una mulata y simulan que se aparean, el hombre realiza algunos embates y se detiene, y vuelve, muchas veces como un león marino fofo. Braceo hacia aguas más bajas, en dirección a El Rolo y Amalia. Los hermanos vigilan las proximidades como si se cuidaran después de avistar la aleta de un tiburón acorralándolos. El recelo es, en este caso, una reacción muy natural y del todo comprensible, porque una flotilla de heces navega abandonada, a algo más de un metro. Hay una mujer mayor y gruesa con una gran papada que a la sazón nos sonrío. Para Amalia, era muy elemental, aquella señora no hacía más que confesar su culpa.

A las dos de la tarde hemos coincidido en la suficiencia de la dosis marina y salimos a recorrer el otro enorme segmento sociocultural en que se asienta la costa: la arena. Colosales extensiones de rocas que han sido molidas en minúsculos granitos por el ímpetu oceánico, y que ahora son el remanso de un sinnúmero de seres que de alguna forma también se están desintegrando por el ímpetu del tiempo y las circunstancias. Todo parece agitación, podredumbre, violencia.

En Guanabo la gente compra a los vendedores de meriendas y echa los desperdicios en la arena. Termina el almuerzo y echa los desperdicios en la arena. Hace el amor y echa los desperdicios en la arena. Pesca y echa los desperdicios

en la arena. Una cabeza de tortuga carey —cuya captura está prohibida y sancionada por las leyes nacionales—³ reposa en la arena. Los restos de una gallina degollada por causa de algún rito yoruba reposan en la arena. Restos que se entremezclan y se fusionan con más restos.

Hemos recorrido más de cien metros cuando nos encontramos con un altar decorado para un casamiento. Toda la pompa caprichosa. Todo el ritual cursi y medio sentencioso que puede acontecer de un momento a otro se disuelve en los funambulescos alrededores. Un policía le dice a un subordinado: aquí, hay una boda aquí, hay que darle aseguramiento aquí.

Más lejos hay una increíble aglomeración, la mayoría hombres y mujeres negros que se abultan confusamente. Los que ven a distancia el desorden empiezan a inferir una pelea o un ahogado. Tirado en la arena, panza arriba, hay un negro cuarentón que lanza patadas y puñetazos al aire cuando un oficial y un copo de la multitud se le arriman. Como en otra latitud, como en Honolulu, un hombre usando short con la bandera estadounidense pintada baila reguetón con un par de hembras que parecen muñecas inflables y se menean sin misericordia, ante la desaprobación de las demás mujeres. Excepto de la loca de Dr. Seuss, que pasa repitiendo por el auricular una cosa que ella, su única interlocutora y más nadie, entienden y comparten.

³ En el inciso B del artículo 51 que pertenece al Decreto Ley 164, indican que la captura o comercialización del carey, puede sancionarse con multas desde 400 hasta 4 000 pesos.

